

punto
de partida

No. 234
ISSN: 0188 — 381X

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

P
O
D
D
E
R
S
E
R





punto
de partida

No. 234

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Fabián Espejel
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Neenah Environment Birch de 216 gramos.

JULIO — AGOSTO

EDITORIAL

PODER SER

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial 5

Provecho. César Cañedo 8

*¿Por qué tuviste que decirle que la amabas
a Mariana?* Victoria Sohe 11

Sueño de Castelcutó. Israel Nicasio 15

*Las polillas beben lo que pájaros escupen
por los ojos*. Osmar J. Urbina 18

Toda línea se desdibuja. Iza Rangel 26

El stalker y yo. Luis Romani 31

Niña rabia. Citlalli Santos 38

Ser o parecer. Aldo Martínez Sandoval 40

Encajamiento. Francia Perales 47

Libertad bajo metamorfosis. Fernando Rocha Rosario 52

Dos minificciones. José Zenteno Aguilar 58

Pedro Lemebel. La infinita rabia marica. Jöchi Minh 59

*La escena del ballroom: una declaración de
existencia sobre la pasarela*. Cecilia Andrade 64

El cáncer más allá de la enfermedad.
Omar Castro Guadarrama 69

(*_uwu_*). Flores Rosx y Sofía Robledo 71

Colaboradorxs 75



Brenda Pichardo Hernández (Ciudad de México, 1989). Egresada de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la FCPYS UNAM.

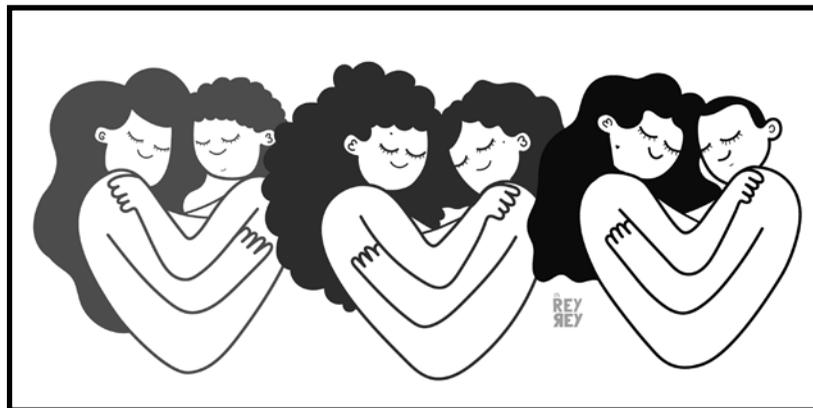


CONTRAPORTADA



Reyna Pelcastre "Rey Rey" (Ciudad Nezahualcóyotl, 1996). Ilustradora y diseñadora afromexicana y lencha. Ha colaborado con marcas nacionales e internacionales como DC Comics, Warner, Wiplash. Creó el cartel oficial de la marcha LGBT+ 41 de la CDMX para el Comité incluyeT. Sus principales líneas creativas son el ser lesbiana y su relación con el pelo rizado.

Instagram: [reyreypelcastre](#)



Editorial

Convocamos a este número pensando en las experiencias cotidianas de las personas que, ya sea por su identidad de género u orientación sexual, son disidentes de la heteronorma; y en la imposición de “lo normal” como un mandato social del deber ser: cómo comportarse, cómo verse, a quién y cómo amar, cómo nombrarse, en qué espacios expresarse y convivir, en suma, cómo vivir.

En *Punto de partida*, como el espacio de expresión universitario que ha sido desde sus inicios y como parte de un espacio creativo y de construcción de conocimiento más grande, tenemos la certeza de que lo que enriquece a la Universidad es la polifonía de voces, rostros, corporalidades y pensamientos de su comunidad. Por ello, más allá de las fechas conmemorativas, estas páginas deben seguir siendo un lugar que refleje ese universo, siempre desde el respeto a la libertad de ser. Los textos de esta edición navegan en el claroscuro: por un lado, son una manifestación de lo hiriente del rechazo y la discriminación y, por otro, una afirmación de la identidad desde el amor, el acompañamiento, la sensualidad y la fiesta.

Abre el *dossier* un poema de César Cañedo, “Provecho”, con una escena sobre lo que suele ser la primera respuesta familiar: la negación, el ocultamiento para que *no se note*. Le sigue el ensayo “¿Por qué tuviste que decirle que la amabas a Mariana?”, de Victoria Sohe, en el que las calles de Coyoacán son el hogar de sus primeros recuerdos del deseo, a los que también acompañan las primeras experiencias de negación de su bisexualidad. Después, Israel Nicasio nos comparte “Sueño de Castelcutó”, un poema que utiliza la ortopedia como metáfora de la idea de que la homosexualidad es algo que debe corregirse y, en consecuencia, de todo el dolor que acarrea la obligación de ser algo que no se es. A él le sigue una obra de teatro escrita por Osmar J. Urbina: en “Las polillas beben lo que los pájaros escupen por los ojos” leemos la historia de liberación de Poli, un hombre travesti que, a pesar del amor, no escapa de la violencia de la desaparición.

Continuamos con “Toda línea se desdibuja”, de Iza Rangel, un poema que manifiesta la profunda y densa exploración de la identidad en transición y de los bordes de sí mismo. “El *stalker* y yo” es un cuento erótico de Luis Romani que narra cómo la obsesión del protagonista con su *crush* y consigo desemboca en un encuentro no correspondido. Citlalli Santos escribe “Niña rabia”, un poema breve que retrata cómo dos mujeres crean un refugio íntimo a partir de la ternura y la resistencia que contrasta con el ruido del afuera. En “Ser o parecer”, Aldo Martínez Sandoval cuenta lo mucho que significó el apoyo de su madre al enunciarse él como gay siendo adolescente, así como el hecho de que diversas figuras de la escena musical *mainstream* también hicieran pública su homosexualidad.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



DRAMATURGIA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

Francia Perales, autor de “Encajamiento”, comparte en un poema en prosa un diálogo interno sobre el propio génesis, sobre el vaivén entre ser y dejar de ser centrado en un cuerpo que, para encontrarse y encajar en sí mismo, abandona lo que había sido. Finalmente, “Libertad bajo metamorfosis” es un cuento de Fernando Rocha Rosario que narra, con un lenguaje histriónico, el despertar de una persona y su traslado hacia una marcha del orgullo LGBTQ+ en la Ciudad de México, y cómo, a pesar del odio que la rodea, al llegar se disuelve entre los cuerpos diversos que festejan la resistencia colectiva.

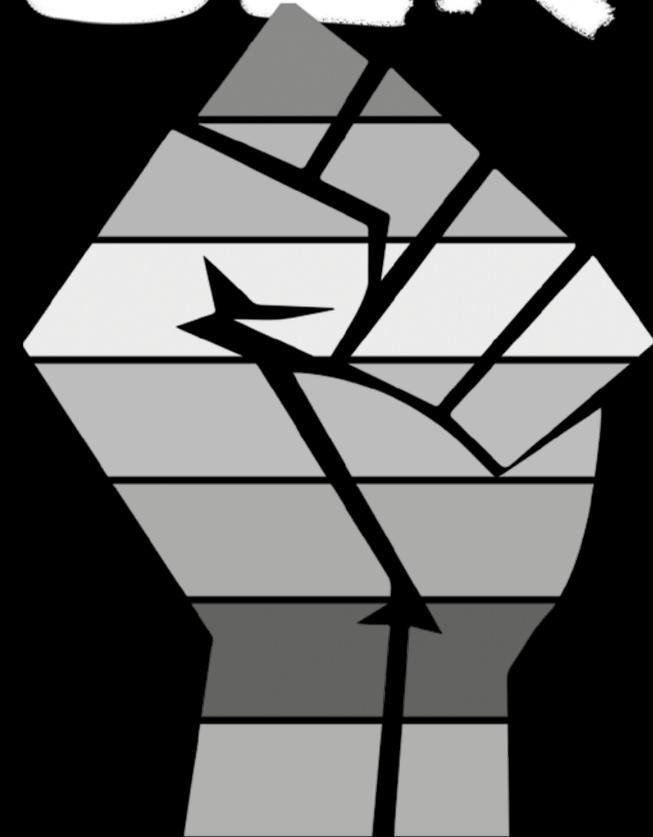
El Carrusel de este número comienza con dos minificciones de José Zenteno Aguilar para la sección de *Cuentagotas*. Después, para *Heredades*, Jöchi Minh escribió un homenaje amoroso y entrañable a Pedro Lemebel, “la infinita rabia marica” como lo llama le autore. Cecilia Andrade toma el *Entre voces* de esta edición con fotografías y una entrevista a Vicky Letal Apocalipstick, Anarka y Lova, tres integrantes de la escena voguera en la Ciudad de México, a propósito del Kiki Ball que tuvo lugar en el Centro Cultural Tlatelolco durante la Fiesta del Libro y la Rosa. En *Bajo cubierta*, Omar Castro Guadarrama reseña *Desmorir. Una reflexión sobre la enfermedad en un mundo capitalista*, de Anne Boyer, y para *Tinta suelta*, nuestra querida sección de cómic, Floresrox y Sofía Robledo nos compartieron “(*_uwu_*)”, una divertida historia de metamorfosis.

Las representaciones de los cuerpos y las relaciones cis-heteronormadas inundan nuestro imaginario desde la infancia; por ello la parte gráfica es muy importante en este número, les agradecemos a Reyna Pelcaste “Rey Rey”, José Rafael Llanos Melo, Carlos Mora, Alfredo Alatorre, Carlos Zamora, Frosh y a Brenda Pichardo Hernández habernos compartido sus imágenes de la diversidad.

Si bien muchos de los textos en este número son un testimonio de que siguen presentes las limitaciones a vivir en libertad la identidad y la sexualidad, el título tiene el ánimo de remar hacia el otro lado, hacia un camino en el que todas, todes y todos podamos ser sin explicaciones de por medio, sin tener que disimular, sin que amar implique ser valientes. 📍

Aranzazú Blázquez Menes

PODIEA SER





Provecho

CÉSAR CAÑEDO

—No le digas a tu papá,
no es el momento.

La sopa espera fría
que mi madre la apruebe.

—No podrán soportarlo tus abuelos. ¿Sí me pasas la sal?

Se limpia en servilletas toda mancha.

—No lo compartas,
que nadie sepa de esto.

Pone cerca la jarra y el silencio.

—¿Vas a querer arroz?,
no te gustaba.

Se sacude violenta las migajas.

—Piensa que soy tu madre y te protejo.

Busca limpiar la mesa, los cubiertos,
mi vista de la suya.

—Cambiaste mucho allá.

—Sigo cambiando.

Su dedo culpa al guiso,
prueba el enojo
y arremete con que no está listo.



—Haz lo que tengas que hacer
para que no se te note.

La estufa se resiste a arder la flama.

—¿Tuve que ver con esto?

Le da un poco de asco el plato fuerte.
Prefiere no comerlo.

—¿Una tortilla más,
un vaso de agua?

Se atraganta al tragar,
atorada a través de otra garganta.

—No se hable más del tema,
no quiero saber nada.

Sirve el postre que fue mi favorito.

Provecho.



Frosh

¿Por qué tuviste que decirle que la amabas a Mariana?

VICTORIA SOHE

*Me gustan las chicas
No me lo puedo explicar
Será por su pelo o su forma de mirar
Pero en ese chico yo no dejo de pensar
Cariño, "Bisexual"*

*Lo único que puede es enamorarse en secreto, en silencio, como yo de Mariana.
Enamorarse sabiendo que todo está perdido y no hay ninguna esperanza.
José Emilio Pacheco, Las batallas en el desierto*

Dr. José María Vértiz

Mi madre tuvo una novia. Pasó muchos años antes de que yo naciera y de que se operara los ojos para corregir su estrabismo. Se conocieron jugando voleibol en el Parque de los Venados. A veces, una recorría toda la línea del suburbano para cuidar a la otra cuando le daba fiebre. Cuando la llevó a conocer a mi familia, la presentó como su amiga. Aunque mis tías sospechaban, nunca comentaron nada al respecto.

Luego se separaron y muchos años después, cuando una vivía en Texas y la otra en México, cuando una tenía hijas y la otra seguía soltera, se encontraron en Facebook y empezaron una relación a distancia. Entonces los 27 kilómetros del suburbano más los 10 del metro parecían mínimos. También en esa época ella nos dijo que nos fuéramos a vivir todas juntas, como una familia. Supongo que lo dijo por la impotencia que sintió al enterarse de los golpes que el padre de mi hermana menor le dio a mi mamá.

Es bonito pensar en eso, en escaparse de la violencia alcohólica chilanga para irse a vivir a una casita al norte. Pero no todo es así de fácil. Después mi madre confesó que tal vez no le gustaban las mujeres. Yo creo



que, más bien, cuando estaba en el ministerio, se acordó de cuando ella y su exnovia se pelearon a golpes en la calle.

Avenida Popocatepetl

Antes de conocer a Mariana tuve una novia: Paola. Tuvimos un noviazgo de duración minúscula cuando estábamos en segundo de secundaria. En la Diego Rivera ya se sabía de otras parejas de mujeres, así que nuestra relación no fue tan escandalosa, al menos entre el alumnado, aunque en la salida nos soltábamos las manos y reservábamos nuestros abrazos y piruetas para ojos más amables, los cuales no incluían a los de su madre.

Una vez nos dimos un largo beso de despedida en frente de Plaza Universidad, y cuando Paola se dio la vuelta para irse, se estampó con su mamá, quien curiosamente no vio nuestro beso. O no lo quiso ver.

Yo sí le dije a mi mamá que era bisexual, pero no le dije que tenía novia. Ella me dijo que le daba miedo que me pasara algo. Mi psiquiatra dijo que era una fase, que me habría creído más si le hubiese dicho que era lesbiana. Mi psicóloga me dijo que era indecisión, que yo tomaba decisiones a medias, que eso a los 13 años no se sabe.

No creo que Paola fuera al psicólogo en aquellos años, pero supongo que si le hubiera dicho que terminó con su novia en la secundaria porque se dio cuenta de que no le gustaban las mujeres, ni él ni nadie le habrían dicho que era muy pronto para estar segura sobre su "orientación".

Corina y Xicoténcatl

Mariana y yo nos conocimos en la prepa (qué bonito se lee: Mariana y yo). Empezamos como amigas para después estancarnos en una relación de naturaleza híbrida. Ella, al igual que otras Marianas, era del gusto de varias personas pero de la correspondencia de pocas, incluyéndome. Yo le escribía cartas y le anotaba frases de libros en hojas de cuaderno. Pero a diferencia de sus pretendientes masculinos, conmigo se escondía en los baños, en los vestidores de mujeres, en los rincones más solitarios de las bibliotecas o en los callejones de Coyoacán. A veces se asustaba cuando veía cámaras de seguridad en nuestro escondite y teníamos que buscar uno nuevo. Otras, nos divertía que algún profesor o alumno nos viera y que los ojos se les abrieran hasta que las pestañas se les pegaban a las cejas.

Xicoténcatl e Ignacio Allende

Mi primer beso con Mariana fue enfrente del mercado de Coyoacán. Por supuesto que era de noche y estaba lloviendo, yo sabía que en algún momento iba a contar esta historia y que debía ser medianamente romántica.



Reyna Pelcastre. *Signature Move*

Intervenciones

Durante esos dos años, aunque hubo varios hombres saliendo y entrando de nuestras vidas, nosotras permanecimos juntas. Por eso se me ocurrió que sería buena idea hacernos novias, pero a ella le pareció que complicaría las cosas. Y en eso tenía razón. Es más complicado amar a una mujer que a un hombre o a varios. Es un poco más fácil ser la otra que ser tortillera. Peor aún si eres algo a medias.

Callejón General Anaya

Sus padres tenían muchos más prejuicios que el promedio. Le decían que ponerse delineador y labial rojo era de putas. No querían que yo fuera su amiga por mi cabello "de niño", mi ropa "reveladora" y mi maquillaje que era todo menos estético. Después de saber eso, tomé la mala decisión de vestirme con transparencias cuando sabía que había posibilidades de encontrarme a su madre, nada más para hacerla enojar. Eso provocó que le ordenara dejar de hablarme. Su opinión sólo me provocaba la mayor indiferencia. Lo doloroso era que Mariana la acatará.



 Reyna Pelcastre. Jóvenes 1

Entre Malintzin y Cuauhtémoc

En sábados como éste, anhelo esa vida que no tuve. Aquélla en la que tengo dos madres, en la que no me tengo que esconder para besar a la mujer que quiero, en la que puedo presentar a mis novias con la misma naturalidad que a mis novios, en la que las mujeres no me coquetean sólo cuando están borrachas, en la que la bisexualidad no significa desorientación, promiscuidad ni infidelidad, o tríos de Tinder, en la que no tengo que esperar hasta los veintitantos para decir: “sí, yo la amo a ella” y que me crean.

Las mujeres que besamos a otras mujeres andamos por las calles y, a veces, nos apropiamos de una, de la que sea que no tenga miradas juzgonas. Nos tomamos las manos y nos ponemos apodos: Mariana, Helena, Victoria, Safo. Es común que nos llamemos amigas y nos escondamos a plena vista. Esperamos el día que seamos más valientes o, mejor, el día en el que no tengamos que serlo. 

Sueño de Castelcutó

ISRAEL NICASIO

Pie plano, dijo el ortopedista,
una columna indómita, desviada,
con cintura inestable y posible
tendencia a la sinuosidad.

Probable adicción
en la adolescencia,
dijo el ortopedista.

El piso como destino.

De pequeño creí en la rectitud.

Me construí una coraza
de arroyo y
gandulería.

Fui como los niños
que se apropian del mundo,
pues todo les será perdonado.

Me mentí:
intenté
corregirlo

músculos
huesos
pensamientos
enderezados con dolor.



Las polillas beben lo que pájaros escupen por los ojos

OSMAR J. URBINA

Las memorias son, en esencia, un acto de resurrección
Carmen María Machado

PERSONAJES

POLI/MARTÍN

SANTIAGO

LAS TRAVESTIS: LA TOÑA, LA MARÍA

I

Día 18: transparencia

*Cuelgan del techo un montón de lámparas encendidas.
Unas paredes rígidas cercan su cuerpo, próximas a tocarla.*

POLI: Quiero alcanzar, con mi mano desnuda, a una polilla. Pero mi mano tiembla, se tambalea en el aire como quien aún no sabe usar sus manos o, simplemente, el miedo ya no le permite sostenerse.

Enciende la cámara, se graba.

POLI: Hoy se cumplen... (*mira hacia un calendario, a su izquierda, que marca el día de la desaparición*) 18 días, 13 horas y 43 minutos desde que no te veo.

Se dirige a la cámara.

POLI: Bitácora:

Todo lo que sé de las polillas.

Día: 26

Hora: 26

Minuto: 41

Hay polillas que emergen de sus crisálidas sin siquiera tener boca.

Apaga la cámara.

II

Día 14: lo que saben las polillas

Enciende las velas pegadas al suelo, una a una, mientras la cámara está encendida.

POLI: ¡Anoche por fin me dijeron algo! Pero... no estoy segura, creo que se burlaron de mí.

*Una voz aguda, como de una polilla esfinge calavera, resuena desde las paredes:
"Nadie surcará la noche como nosotras".*

POLI: ¡Ah, sí! Sé que las polillas navegan regidas por el ángulo de una luz distante que normalmente es la de la luna. Y también sé que a veces pierden sus caminos debido a las luces que encendemos por las noches. Pero... ¿y si nunca pierden sus caminos?

Nadie surcará la noche como nosotras.

III

Día 4: hasta que sean mis huesos los que duelan

*Martín, que es Poli cuando no está travestida, está suspendido en el tiempo, como una polilla regida por una luz distante.
Arrastra el cuerpo hasta la cámara y la enciende.*

MARTÍN: No... No estoy segura del día ni de la noche. Ya no sé si el tiempo pasa o no. ¿Sabes? Ahora que no estás entendí por qué disfruté tanto estar contigo.

(*Se dirige hacia la cámara*) Bitácora:

A las polillas les gusta beber lágrimas de pájaros mientras ellos sueñan.

IV

Un antes que huele a cielo a punto de llover

*Santiago camina muy discretamente hacia Poli.
Llega por su espalda y susurra en su oído algo que ni Dios escucha.
Poli, sin voltear a verlo, camina despacio hacia el callejón oscuro de la calle contigua.*

SANTIAGO: (*Asegurándose de que nadie pueda verlos ni escucharlos*) Llegas bien temprano.

POLI: Pues (*pausa*) te dije que iba a salir antes del bar. (*Silencio*) ¿Cómo te fue?

SANTIAGO: (*La mira lento, como quien mira cuando recuerda con nostalgia*) Casi te quiebran a tu Santi, Poli. ¿Qué? ¿No ibas a llorar por mí?

POLI: Ni que estuvieras tan bueno.

*Ambos sonríen y, por un segundo, el tiempo se detiene:
no habrá testigos de esa risa torpe que provoca el nacimiento de una polilla.*



Carlos Zamora. De la serie Sofocación

SANTIAGO: Te extrañé.

POLI: No me digas mentiras.

SANTIAGO: Tsss... ¿Por qué no me crees?

POLI: Porque... no sé si en la guerra haya tiempo para pensar en el amor.

Esa vorágine mortífera que es la memoria se esfuma como niebla tragada por paredes.

V

Día 1: lo que saben las travestis

Los chasquidos a ritmo de unos dedos travestis envuelven a Poli, evidentemente ebria, en un baile colosal, como sólo las travestis saben hacer.

Ella canta. Dolida y lastimada, canta.

Sostiene su tacón entre las manos, con fuerza. Aferrada.

POLI: “A cambio de qué,
de despertar en mí,
de recorrer mi cuerpo
cada madrugada.
De ver amanecer
y de poder saber
que tú estás en mi cama
y que, pasado el tiempo,
yo pueda sentir
que sigo siendo amada.

Ella recuerda. Siente la canción en la piel, en el estómago, en el pecho.

Sé que no,
que no podré borrar
tu nombre de mi mente
aunque yo lo intente”.

Eructa a causa del alcohol.

POLI: Hijo de la chingada, todavía traigo el sabor de tu boca en la mía.

LA MARÍA: Te dije que te iba a romper el corazón, manita.

LA TOÑA: Cállate, María, no seas una perra insensible, jota. (A Poli) Tú tranquila, reina, levanta la cabeza que se te va a caer la corona.

LA MARÍA: Es que era de esperarse, jota, a la Fani le hicieron lo mismo. Anduvo con un militar, el pinche Juan, y mira cómo la dejaron a la pobre. Toda culeca, como gallina. ¡Ah, pero díganles algo y la tachan a una de pinche envidiosa!



LA TOÑA: Oye, pero ¿qué le hizo, tú?

LA MARÍA: ¿No te enteraste, jota? Uy... Es que todas las jotas gozaron con ese chisme. ¡Giraron sobre su propio eje las cabronas!

LA TOÑA: Ay, jota, cuéntame, no seas así.

LA MARÍA: Pues resulta, resalta y rebota que a la Fani se la agarró el Juan, una de estas noches de san Sebastián Mártir. Ya sabes, jota, estaba la feria y pues toda la gente andaba bien atrabancada en las filotas para subirse a los juegos. Ya te imaginarás cómo estaban las calles. Bien vacías, ni un alma. La Fani andaba en la calle ésta, la de acá atrás, jota, la que está bien perra oscura. Y que pasa el Juan, venía solo, pero traía el uniforme. Un militar cualquiera, pero bien sabroso, lo que sea de cada quien. Ya traía fama entre las jotas, pero pues a la Fani ves que eso le vale pero si tres hectáreas... Total que se armó el argüende porque un día, de la nada, el Juan no regresó. Las jotas empezaron a hablar... Se dijo de todo, eh, que si la dejó por otra jota del pueblo de acá arriba, que si lo mataron en la guerra, que si lo secuestraron, que si los militares lo madrearon por andar picando jotas. Pero nunca se supo, y ya pasaron como ocho meses de aquello. La cosa es que esa calle se volvió famosa, jota. Desde esa historia, los militares van buscando jotas en la noche en esa calle, la calle de las jotas. Ahorita es la Nayeli la que está bien perra emocionada con su militar. Le dicen el Tuerto, creo, pero ya es retirado, jota. Dicen que él perdió su ojo en la guerra.

LA TOÑA: Ay, no, jota, persígnate, no vaya a ser la de malas con nuestros maridos.

LA MARÍA: Ay, ¿cuál, ridícula? No, pero espérate, jota, no me interrumpas. La Nayeli me contó que el Tuerto sabe cosas, pero que si habla, le dan cuello.

Poli, quien había estado escuchando como sumergida en un trance, reacciona.

POLI: ¿Pero cosas de qué?

LA MARÍA: Pues no sé, jota. Sé que tiene que ver con el Juan, pero no sé nada más. La Nayeli no me quiso decir.

POLI: Santiago... también era militar.

LA TOÑA: ¿¡QUÉ?!

POLI: Sí... pero... oye, ¿tú crees que la Nayeli me quiera decir algo?

LA MARÍA: Uy... Jota, lo veo difícil. El cuello de su marido está en riesgo y ya sabes cómo es ella de entregada.

POLI: Es que... entonces a lo mejor Santiago no me dejó... ¿Y si le pasó algo?

LA TOÑA: Ay, jota. ¿Hace cuánto no lo ves?

POLI: Mañana se cumple un mes.

VI

Cumpleaños

SANTIAGO: ¿Qué vas a querer de regalo?

POLI: Regálame un secreto. Algo tuyo que nadie más sepa, sino sólo yo.

Hizo falta un silencio así de grande para hacer nacer otra polilla, esa que escuchan esta noche y se queda, para siempre, en sus memorias.

SANTIAGO: ¿Sientes cómo vibra esa polilla? Ese zumbido tembloroso que te pone la piel chinita y te recorre la espalda; te pasa por la nuca y sientes como si tu piel se apretujara hacia adentro de tu cuerpo. Sientes... estallidos chiquititos que van tronando hacia tus huesos y más y más adentro. Llega un momento en que ya no importa el corazón, el cerebro ni el estómago porque ya no revolotean ahí las mariposas. Ahora son tus huesos los que tiemblan y rechinan. Ese (pausa) catastrófico movimiento entre ñañas y vida (pausa) es lo que tú me haces sentir.

Poli sonríe, abraza a Santiago y le besa los ojos húmedos.

VII

Día 2: el secreto de las polillas

*Una ventana abierta hacia la noche y una lámpara que cae del techo.
Martín habla por teléfono.*

MARTÍN: ¡Nayeli! ¡Ay, gracias al cielo, por fin te encuentro! Es que... quería hablar contigo de una cosa. (Pausa) No, no, espérame... ya sé que no puedes decir mucho pero... (Pausa) Sí, ya sé que te contaron, yo se los pedí (pausa).

*Una polilla esfinge calavera atraviesa la ventana, temblando.
Martín la sigue con la mirada.*

MARTÍN: Nayeli... es que no sé qué más hacer. No tengo idea de dónde buscar o por dónde empezar, si... (Pausa) De jotas, te lo pido... Nayeli, sólo dime una cosa, una señal o algo...

*Otra polilla esfinge calavera atraviesa la ventana, temblando.
Martín la sigue de nuevo con la mirada.*

MARTÍN: (Pausa, ahora más interesada en la polilla que en la conversación) Sí, te entiendo, no te preocupes. Cuidate, Nayeli, y gracias.

*Otra polilla esfinge calavera atraviesa la ventana, temblando.
Un universo entero de polillas del mismo tipo atraviesa la ventana, temblando.
Las polillas gritan un nombre y una señal.*



📷 Carlos Zamora. De la serie *Sofocación*

*Martín grita de terror.
La lámpara explota y las polillas se van.*

VIII

Día 7: el día 7 se hizo la nada

MARTÍN: ¿Qué memoria pueden tener unas jodidas polillas si sólo viven unos cuantos días? Creo que me estoy volviendo loca.

*El tiempo pasa intentando detenerse.
Suena un estruendo. ¡Crack! Las paredes comienzan a desgajarse.*

IX

Día 39: Polilla = Memoria = Muerte

*La cámara está encendida;
las paredes desgajándose, como mordidas por las polillas.
La piel de Poli comienza a decolorarse, a camuflarse con el tiempo y el espacio.*

POLI: Debe ser eso, sí. ¡Debe ser eso!

Algunas polillas no tienen boca. Otras la aprovechan para beber de los ojos de pájaros dormidos. Hay más de 160 000 especies. Las polillas imitan a otros objetos o seres vivos, dominan el arte del camuflaje para no morir. Sé que las polillas estuvieron ahí. Era de noche. Él dijo mi nombre. Lo atraparon, pero logró escapar días después. Escribió en las alas de una polilla atlas, la más grande del mundo. Más grande que un pájaro cantor. Aprendió su lenguaje para decirme que una polilla no es muerte, una polilla es memoria.

Poli mira hacia la luz, encandilada.

POLI: *(Suspira y sonríe)* Ya sé dónde estás.

X

Día 41: soy una polilla

*La cámara no ha dejado de grabar.
Las paredes tienen agujeros que permiten ver más allá de ellas, hacia la vida.
Poli está casi transformada; tiene una voz distinta, un cuerpo distinto.
Ella camina lento, hacia la ventana. Está temblando.*

Suspira.

*Abre sus alas de polilla, de espaldas a quien la mira, y las pupilas inquietas de los ojos de un búho se mueven, despiertas, sobre sus alas.
Y ella se echa a volar.*

Epílogo

El video que Poli grabó como bitácora de su memoria se perdió en el tiempo. Tal vez las polillas lo escondieron por miedo. Sabían que los humanos no creerían que una travesti aprendió a volar. **P**



Toda línea se desdibuja

IZA RANGEL

I

ESTÁ SITUADA SOBRE MÍ
la oscuridad entera
es mi sombra la cicatriz de huellas
el paisaje tronado a la mitad
es la luz
que lo platea y lo demarca
un juego de caída
un sostenerse del aire
barandal del pecho
un equilibrio que se amansa
rompiéndose la frente
hasta borrar me el rostro

la helada variedad de lo que soy
se me sucede
la certeza
de lo otro
es una respiración donde
volar me parece de un azul muy color alberca
de gorra, *goggles*
la respiración de nado a crol
un deleite con lo uno

es un centro muy acuático
donde miramos el suelo
con bonitos ojos de azafata
sobrevolando ríos

mis alas se abren
como dedos
más que tránsito aquí
el sitio donde soy



II

PORQUE A MÍ TAMBIÉN LA HUMANIDAD ME VENCE
cada que veo mi rostro
cuando las horas van dejando caer
el claroscuro
por esa hendidura
como si todo fuera visto a través de un
—les llaman tragaluces—
un pedazo de cielo transparente
por esa luz
logro ver cada una de las costuras
que tejen milimétricamente
mi piel

esta cara que por momentos vuelve
hacia gestos muy deformes
calculados y a la altura precisa
debajo de mis ojos encuentro a otro
quiero decir *otra*
y es extraño buscarme en su mirada
preguntar por aquél que no aparece
darme cuenta qué vacío

soy yo continuando esta carrera
de relevos a dónde voy y contra quién
es que tengo el cuerpo amoratado
como un animal carroñero que sale de las llamas
como un hombre que pierde los párpados por el fuego
deshaciéndose en el frío de las cosas quemadas
y es la ceniza de mí de lo que soy
un completo desplome de universos
que me interroga bajo la luz
de todos los semáforos
y parpadeo en su mutación que favorece la mía
en la forma que hace brillar mi cara
de verde de rojo

las luces me llevan a decir el borde de las cosas
con todo y diferencias
y mi voz que nadie escucha y donde nadie más la oye
se desliza en la posibilidad
de nombrar a cada cosa irrepetible
y así poner al mundo de lado de mi cuerpo



ignorando como siempre que todo lo unido
tiende a separarse
y no comprendo muy bien lo que me dice
porque algo también se está rompiendo
en todas partes hay algo que se rompe

y a veces soy el único testigo
del mundo
que por momentos también se me parece
en esa fragilidad de los contrarios

soy yo el único que corre
no lo creo, sé
cuando me miro de esta forma
y por encima de mí
están los otros
olvidando por completo que sólo lo que ha sido abandonado
tiene aún derecho de vivir
y es por la luz por su nostalgia de lumbre
que estoy del lado de las cosas que se rompen
de mi rostro que a cada rato se deshace
y de esta voz que fue la mía
de la que aún no encuentro forma
y no tengo cómo defenderme
se distancia
poniendo el pie sobre la herida
para no caer
también sobre el vacío

es que estoy acicalando las palabras
salto hacia el suelo que
ya aparecerá
esperando ver de ellas
qué ven cuando me miran
lo que suponen
herido también de los costados

soy mi propio cuerpo
cedo la costilla
abierto
como un cabro muy chico
al que desangran
y no encuentro tampoco rendición

cómo seguir entonces
mirando este rostro en los espejos
qué parte suya podría rescatar
si todo esto me parece abominable y no hay espacio
aún

en este habla
que diga acerca de uno mismo
el rechazo que tengo contra mí
como un deseo de muerte propia
y prematura

borrar el ser mientras se es
otra transformación de este paisaje
y cargar la propia muerte
sin aviso de todos los demás

poder llevar el muerto a un costado
abierto como res
y comiendo al mismo tiempo de su carne
la mía en el propio luto de mi cuerpo
corroerse
para vestirlo también

y sólo entonces cuando la luz
me devuelva un mineral
en este rostro
y las palabras
quepan todas en mis manos
pueda decir de él
aquellas cosas que quedan por cubrirlo
y terminar así con lo que a todos hace falta
sin la necesidad de que cualquier otro sea sacrificado

no es promesa sino necesidad
u otro modo de ser posible
que del lenguaje o de la luz se está escapando

a pesar del propio miedo que produce
no mirar en el espejo nunca el rostro que imagino



📷 Carlos Mora. Histeria

El stalker y yo

LUIS ROMANI

Era un niño bonito. Tenía ese semblante bondadoso y travieso, pero un aire de superficialidad. No sé si alguien más lo percibía, pero yo lo veía así. Cuando topé con su perfil en Instagram quedé prendado. Era un chico atípico: fuera de las dentaduras blancas y las narices rectas y los vientres planos con los que estaba lleno el catálogo digital. Él contrastaba; me daba curiosidad no sólo ver su fotografía, sino también echarle un vistazo a las descripciones. Las palabras que ponía, lo poco que se confesaba hablando de libros que yo ni conocía, pero que me provocaba buscar.

Me animé a escribirle. No respondió. No lo culpo. Yo tampoco lo hubiera hecho ante un ávatar en blanco y una cuenta casi vacía, excepto por mis fotos de plantas,

paisajes y unas donde dormía en el trabajo. No quería mentirle. Fue difícil no ceder a la tentación. Tenía miedo de no agradarle, claro, de que esa primera impresión me marcara para siempre, pero también quería gustarle sin apariencias. ¿Alguna vez te has preguntado cómo son los gustos de alguien que te gusta? ¿Cuál es su tipo? ¿Qué busca en una pareja? ¿Ser yo mismo? Nunca me había dolido tanto la cabeza. Supuse que le iban a gustar chicos guapos, como a todos, pero si él no era como todos los demás, sus gustos tampoco tendrían que serlo.

Oficialmente, era mi *crush* de Instagram.

Subía fotos de libros, de desayunos estrambóticos con libros, de él leyendo, *selfies* que no revelaban tanto y que era un agasajo mirar. Bonitos ojos, brillantes, del color del



ámbar que conservó a los dinosaurios. Parecía que sus labios siempre estaban a punto de dar un beso, no eran las poses tontas de *duckface*, estaban fruncidos de manera delicada, tierna, firme, igual que los de una estatua del Renacimiento. No sé ni de dónde saqué las metáforas, creo que al espiarlo me iba contagiando lo culto.

En su cuadrícula había imágenes de él en un café, paseando perros, un pomerania, un par de pícnicos en la playa, mimosas, patines, pero sin casco ni rodilleras, debía ser muy bueno. Lo hacía bajo el sol, con una playera que le desnudaba los brazos en tono duvalín y un minishort ajustado que le definía los muslos a punto de reventar. Me era imposible no pensar a qué olía todo él. Leía cada uno de sus post y comentarios, stalkaba las cuentas de sus amistades, todas privadas. Reaccionaba a cada historia efímera; siempre aparecía solo, buena señal, pero me preguntaba quién le tomaba las fotos. Alguien debía compartir el frappé con él y asolearse juntos. La respuesta era obvia. Mejor dicho: confusa. A ver, si era un chico tan transparente en sus pensamientos, ¿por qué no mostraba a su compañía? La cosa me intrigó. Empecé a desvelarme viendo sus en vivo repetidos, mandándole mil corazones sin atreverme nunca a comentar algo que todos vieran. En las mañanas, me tomaba mi expreso con sus historias de buenos días entre *stickers* de girasoles y música de Natalia Lafourcade.

Luego de mil filtros y muecas elegí una foto en la que me veía bien, simpático, con mi bata de trabajo. Sabía que no debía llegarle con un mensaje *random* halagador como seguramente lo hacían otros. No. Yo tenía que ser astuto, que notara que también era listo. Decidí omitir el mugroso “hola” y transgredir su normalidad respondiendo un estado.

—¡Qué buen libro! —le envié. Cagándome. Tuve que googlear si el “que” llevaba acento y me obligué a colocar los dos signos de exclamación.

—¿Lo conoces? —su respuesta cayó enseguida.

—Sí, desde hace tiempo —mentí, ni siquiera sabía pronunciar el apellido del escritor.

—¿Qué te pareció?

Okey, la cosa iba en serio. Era nuestro primer contacto. Estábamos teniendo una conversación. Él seguía en línea así que no podía tardarme investigando.

—No lo he acabado. Era prestado y lo devolví.

—Son 50 páginas.

Quedé como estúpido. Probablemente ya se había dado cuenta.

—Me da un poco de pena preguntarte, pero... ¿hay algún libro que puedas recomendarme para empezar a leer más?

En parte mi pregunta era honesta aunque la intención era doble.

—¡Claro! —contestó. Le había atinado. A los pocos minutos me mandó una lista de libros, perfectamente escrita, de autores de todo el mundo—. Estoy aprendiendo a leer en italiano —me contó. Le dije que mañana mismo iría a la librería, pero ya no me respondió. Al otro día casi me ahogo con las empanadas cuando llegó su mensaje:

—Yo te los puedo mandar. Pásame tu número —era lo último que creí que ocurriría, o mínimo, que tomaría años conseguir, ¡y lo acababa de lograr! La primera noche, luego de dos meses de preparación. El motivo no importaba; significaba que ya había un poco de confianza genuina en todo esto, podía hablar con él a todas horas, igual en Instagram, pero tener su celular era ingresar diez secciones a su círculo personal. Le di mi número y en segundos me llegó un *link* de una biblioteca virtual. Tenía centenares de libros acomodados en carpetas divididas y clasificadas: “Novatos”, “Hechos”, “Sólo avanzados” y “Grandes obras”. Decidí desvelarme leyendo a fuerzas.

Fueron tres días en los que amanecí como zombi. Las ojeras ocuparon mi cara. Tuve que echarme gotas en los ojos y comprarme lentes para luz azul. Me costaba procesar la historia y varias veces tuve que retroceder para saber de qué se estaba hablando. Sabía quién era el protagonista, Jorge, y lo mucho que se estaba enredando con su vecina, Adela, quien lo manipulaba para sacar lo del alquiler.

—¡Tanto desmadre por un culo! —le mandé a mi muñeco. Así lo tenía guardado. No puse su nombre porque me gusta reservarlo sólo para mí; es un nombre común que suena súper sexy cuando se pronuncia con todo y apellido de abuelo.

—Apenas vas a la mitad —me contestó con una risa. Eran pláticas breves pero sustanciosas. Luego

desaparecía, aunque se la pasaba publicando cosas. No quise hostigarlo, le respondía poco en sus historias. De poco a poquito me enteré sobre su rutina: nunca se desvelaba, dormía las ocho horas completas, no fumaba, le encantaba lo dulce aunque lo evitaba; siempre salía a patinar antes de mediodía porque “a esa hora el sol es noble y nutritivo”. Aquella mañana había desayunado jugo de piña con alfalfa, espinaca y un montón de hielos, y dos huevos cocidos.

—¿Y tú? —preguntó.

—Café con una rebanada de pay —me dejó en visto. Era tan lindo como cortante. Esperé cinco minutos y le mandé una carita. Hasta el anochecer que regresé del trabajo volví a hablarle, ahora por WhatsApp.

—¿Qué haces?

—Voy a trotar.

Habían pasado tres segundos desde mi visto y no di respuesta. Me dejó desarmado. Se iba a la calle en miércoles; yo me quedaba en casa resolviendo facturas y reportando consultas que había pospuesto por leer el romance de vecinos en horario laboral.

—¿Quieres venir?

Leí el mensaje dos veces, las dos en voz alta. “¿Quieres venir?”. Nunca había corrido. Sabía que él lo hacía en el bulevar Naval, al otro lado de la ciudad, en otro municipio, a 40 minutos manejando si bien me iba. Agarré una de las playeras de fútbol de mi hermano y un pants que usaba para dormir en diciembre. No dije nada, era un adulto que pedía prestado el coche. Llegué al bulevar en 25 minutos y me topé con una tribu de ciclistas pedaleando en la banqueta, zumba, patinadores con llantitas luminosas, el viento peinando las palmeras y el ruido de las olas desenrollándose contra las rocas.

—Ya llegué —le escribí.

Aspiré el aroma de la arena mojada. Mi respiración estaba tranquila, pero el siguiente mensaje hizo que casi me diera un paro cardíaco. Me mandó un *link* con la ubicación de su casa. ¡Su casa! Ocho minutos caminando. “Ven”. Mastiqué los dos chicles que encontré en la cartera y me odié por llevar tenis rotos, ¡se supone que iba a correr! Era nuestro primer encuentro, oficial, personal, aún no sucedía y ya la estaba cagando. En su dirección toda la cuadra estaba a oscuras: eran residencias de dos plantas, ventanales de dos metros,

enrejadas, largas jardineras con buganvillas al centro de la calle.

—Hace 15 minutos se fue la luz —dijo frente a mí. Él. Su voz, enérgica como en sus estados de Instagram, no sonaba igual de cálida, pero me gustaba.

—¿Quieres que te ayude?

—No hay nada que hacer. Me dejaron cuidando la casa así que no puedo dejarla sola.

—¿Por qué se habrá ido la luz?

—A lo mejor porque viene el huracán.

Nunca me había imaginado los inconvenientes de aquellos que tenían el lujo, o el disgusto, de vivir cerca del mar, el clima siempre era más agresivo a medida que el agua era más próxima.

—Cómetela antes de que se derrita —dijo al ofrecerme una paleta de hielo en vasito. Era de lima. Él se puso a chupar otra amarilla. Subimos a su cuarto guiados por la linterna del teléfono. La habitación olía a tabaco, a geranio, a palomitas, todo mezclado en una colonia masculina. Vi una pila de tenis, un perchero lleno de gorras, rodilleras, guantes; una televisión muy grande con una consola de videojuegos y una laptop conectada.

—Acuéstate si quieres —me ordenó mientras succionaba la paleta—. Eres muy callado.

—No... es que... no sé de qué hablar. Me siento muy menso.

Subió los pies ya en calcetines y se acomodó cerca de mí. Los cables de mi cerebro comenzaron a hacer cortocircuito. Mi pene se encogió mucho. Estaba súper nervioso.

—Pues no tenemos que hablar —el muñeco colocó su mano en mi muslo—. ¿Empiezas tú o lo hago yo?

—¿Qué cosa?

Se me quedó viendo, me di una bofetada mental, luego un chupetón a la paleta hasta secarla. Me tragué el hielo.

—Perdón, sí, sí quiero empezar.

Se quedó callado. Volví a inhalar despacio. Su mano me siguió acariciando la pierna.

—Perdón... me da pena, pero eso no me está respondiendo ahorita —él sonrió, como el precioso muñeco maldito que era. “Ni lo vas a ocupar”. Y se me fue encima. Me sujetó del mentón y me clavó dos besos.



📷 Carlos Mora. *Lxs anormales*

Su *duckface* me quería devorar los labios todavía fríos por la paleta de lima que hacía fusión con su lengua de mango. “Quiero coger contigo, quiero coger contigo”, murmuré en mi cabeza. Me separó las piernas con fuerza y quiso traspasar la ropa con sus meneos de víbora. Pude oler su cabello, champú de plátano. Acaricié su espalda, sus hombros, sus brazos y todas esas cosas que no percibía en las fotos plásticas. Sentí su barba naciente deslizarse por mi sien al lamerme la oreja. Se quitó la playera. Al fin vi su cuerpo descubierto, completamente lampiño, esbelto, los músculos delgados haciéndose duros por el hueso. La piel toda apiñonada, sin rastros del trópico caliente. Luego se bajó el minishort. A lo limpio del torso, le contrastó la mata negra en la pelvis y el vello que aumentaba cada vez más en sus piernas. La hermosa verga que le colgaba se hacía dura a medida que yo la miraba.

—Ven —me acerqué a su cadera y abrí la boca para chupársela. La besé con suavidad. Sentí cómo se agrandaba entre mis labios. Le enterré los dedos en las nalgas y de un bocado me la metí a la boca; la desaparecía en cada mamada. Me olvidé del calor, del pudor, los pendientes, me dediqué sólo a comerlo. Él me agarraba del pelo para hacerme mamar más rápido y profundo. Sentía el reflejo del vómito. Le chupaba los güevos, me hundía en su vello mientras mis manos escalaban desde sus pantorrillas duras, envueltas en calcetas blancas hasta engrosarse en sus muslos pálidos.

—Ábrela —ordenaba. Y otra vez me violaba la boca. Lo grueso y esponjoso se hacía fierro, raspaba con mis dientes. Saboreé su líquido preseminal, se mezcló con mi saliva y los vestigios de paleta helada. “Ya casi”. Me desconocí. Entrelazó sus manos conmigo y yo seguí aguantando las arcadas sin parar. De pronto, el gel tibio

me salpicó la garganta. La chupé desde el nacimiento hasta la manzana rosa del glande, exprimiéndole la última gota de chicle de leche. Busqué con la mirada dónde liberar su descarga. El muñeco me observó impoluto, me apretó los cachetes y solté su néctar de guanábana en un segundo orgasmo. Escurrió por el labio, manchó la playera de mi hermano y se hizo charco en la alfombra del suelo.

Perdón, musité. Él me empujó al colchón. Me dio la vuelta. Volteé para encontrarlo sacando el preservativo de una cajita. El foco de la habitación comenzó a parpadear. Me bajó el pants hasta arrancarlo. Sentí sus manotas abrirme las nalgas, un escupitajo en el culo, su pulgar dando vueltas, queriendo entrar. Con la verga me penetró de jalón. Sentí todo mi cuerpo romperse. Cada empujón iba con más fuerza, de los ojos me lloró sudor. Su verga daba vueltas abriendo cada pared igual a un ladrón descifrando la combinación de una caja fuerte. El látex rozando. La sacaba, se escupía y me la volvía a meter mientras yo llenaba su almohada de baba. La luz del foco parpadeaba como en discoteca. Ya no me importaba gemir a lo bestia. Vi cómo mi pene resucitaba. Sentí que me iba a quebrar, que me iba a orinar, miré al techo oscuro y cayó el espasmo. Grité en el instante que la luz regresó y casi me deja ciego. Me vine litros.

Una hora después el muñeco me prestó un short con estampado de flamencos. No dijimos nada. Se despidió con una sonrisa y me mandó a dormir. Cuando llegué a casa, nadie se percató ni de la hora ni de que vestía diferente; yo me notaba hasta más delgado.

—Descansa —le envié. Había estado en línea hace 15 minutos.

Llegué tarde al trabajo, crudo. El doctor estaba enojado, le llevé el café hirviendo igual que todos los días, pero su “está tibio, César” me castró. Luego saqué signos vitales, casi le reviento el brazo a una señora. Cuando me tocó inyectar tuve que morderme los labios para hacerlo bien. El muñeco no me había respondido en todo el día, ni los anteriores ni los que vinieron. Otra vez pasé las noches pegado al teléfono mirando las fotografías sobre los preparativos de la boda de su prima. Otra vez era interesante ahí. Era tan seco en vivo como encantador en las redes sociales.

—Te ves guapísimo —le mandaba. Pero nada.

Seguí leyendo los libros para novatos. En el de Jorge y Adela, el marido los descubre en pleno orgasmo y se mata frente a ellos, ¿por qué?, no sé, literatura, le dicen. En el siguiente librito un par de hermanastros se quedan atrapados en su propia casa con fantasmas que los enredan en el incesto, al final, nada. En otro, un fotógrafo de *crusing* descubre un crimen en una imagen porno y va al parque para resolver... nada, nada, ¡nada! Escenas estúpidas, pornografía *gore*, groserías, cuentos donde no pasaba nada; no podía creer que mi *crush* divino leyera estas cosas mientras bebía su té chai.

—Verga.

—¿Qué pasó? —preguntó Diana, mi compañera de trabajo.

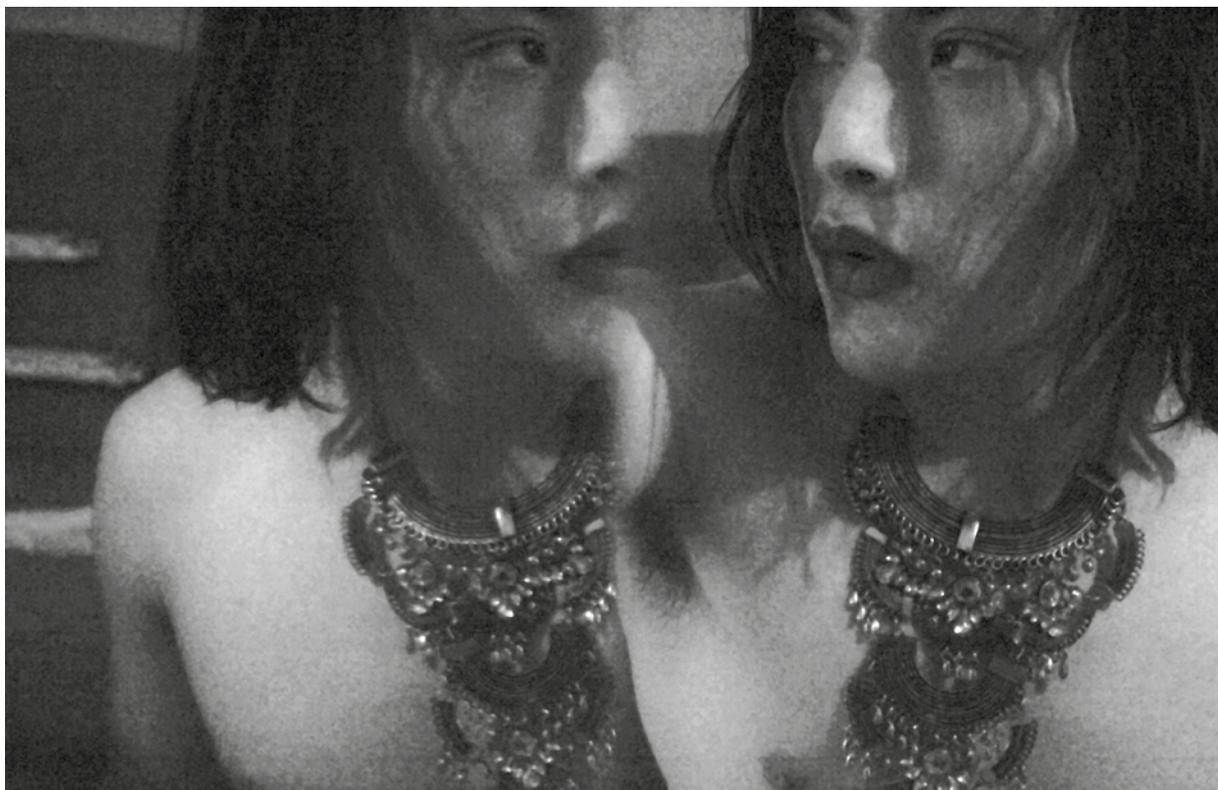
—Gasté toda la tinta imprimiendo libros.

Salí corriendo a comprar otro cartucho. Vi una publicación nueva: “Tarde de latte y lectura”. Voy por ti, cabrón. 20 minutos en coche provocarían la casualidad de topármelo y reprocharle por qué carajo no me había contestado desde hace 15 días después de cogerme. ¡Apúrate! Una tribu de ciclistas con pañuelos se atravesó, uno de ellos, furioso, me pintó el dedo. ¡Muévele!

En el restaurante ya no lo vi; había llegado tarde o nunca estuvo, puta madre, llevaba una hora fuera del trabajo y todavía faltaba comprar la pinche tinta. Para colmo, al salir choqué con unas niñas que derramaron su frapuchino rosado en mi uniforme.

Ya no me presenté al consultorio. Ignoré los mensajes de Diana, las preguntas de mi mamá, ¿por qué puta madre él no me respondía, qué le costaba?, le había dado todo. Extrañaba su axila llenándome la cara de desodorante; quería sus manos agarrándome el pelo, sus güevos en mi cara, sus balazos de pecesitos de leche sabor champaña. Me cagaba estar enojado y necesitarlo al mismo tiempo.

—Verga —volví a decir, como si de una plegaria se tratase. Comencé a masturbarme. Había aceptado que por teléfono nunca me iba a contestar. No sé si me bloqueó o nunca me agregó. En Instagram era diferente: sonrisas, fiestas elegantes, librerías boutiques, jugo verde, yoga, los patines bajo el sol de las 11 y la maldita sombra de sus fotógrafos secretos. Deslicé a las fotos más viejas: él acostado en la arena, mojado; en el



Carlos Mora. *Indecible II*

torso, en su lateral izquierdo, tenía tatuado el rostro de David, la estatua maestra de Miguel Ángel. El puto era el cliché del anticliché. ¿Sería de henna? Lo tuve desnudo frente a mí y nunca lo vi, quizá no lo noté por estar embobado con su verga. “¿Cómo se quita un tatuaje real?”, puse en Google; apenas pude leer porque Diana seguía marcando. ¡No voy a regresar!

Fui al cajón y saqué el short prestado que ya olía a jabón y Suavitel. Agarré el coche y fui directo a su casa. Le tocaría el timbre, hablaría con él, lo iba a encarar, no me importaba si me odiaba o me follaba, lo que fuera menos seguir ignorándome. El teléfono seguía vibrando. En ese lado de la ciudad el viento azotaba las palmeras como si quisiera arrancarlas. Otra vez todo se me hacía chiquito. No sé cuántos semáforos me salté, pero llegué ileso. Una camioneta platinada estaba estacionada afuera de la casa. Del portón salió una mujer muy arreglada, enojadísima. Atrás venía él. Hermoso. Mi

muñeco usaba un *blazer* guinda y una caja de regalo color marfil. Salí del auto y le chiflé.

—Te lo traje, es que no te llegan los mensajes —grité de banqueta a banqueta. Levanté el brazo para señalarle la prenda, pero él nunca abandonó el gesto de intriga. Su madre me señaló con la mirada y él sólo se encogió de hombros. El viento le movía el cabello sin arruinarlo; se veía guapísimo, perfecto, era un cerdo asqueroso. Me dio la espalda y se subió a la camioneta. Me quedé ahí parado sin saber qué hacer.

Apenas arrancaron un ciclista se detuvo frente a la casa; traía licra, gafas, raspones de arena. Trataba de recuperar el aliento mientras me veía fijamente. Se destapó el rostro y descubrí que era mi muñeco... era él... bueno, no, pero era idéntico.

—Te voy a pedir —dijo el gemelo con una voz áspera que echaba aire caliente— que dejes de molestar a mi hermano, ¿estamos? —y me arrebató el short. El

gemelo cargó la bicicleta y se metió a la casa. Empecé a temblar. Me sentí blanco. Escuché la llave penetrar la cerradura, los truenos, el norte, mi teléfono.

—¿Qué quieres? —pregunté aguantándome todo. La voz de Diana al otro lado estaba a punto de quebrarse.

—El doctor dice que puedes tomarte unos días, pero que vayas a terapia. ¿Qué te pasó, César? Las cosas que imprimiste son puras letras revueltas. 📌

Carlos Mora. *Nuevo cuerpo*





Niña rabia

CITLALI SANTOS

El mundo no merece tu llanto.
Tu risa trueno que inunda de luz la casa.
Cuento tus líneas sobre la frente para saber qué te duele tanto.
¿Qué vertiga tu cuerpo por las noches y te hace dormir en posición fetal?

El hábito es, día a día, nuestro beso y la risa.
Pero el dolor nos encascara y a ti te duele un pecho
y a mí me ruge la panza.
No sabemos todavía cómo sanar nuestros malestares.
Sobrevivimos al mundo con amor.

Pero, niña rabia, yo sé que a veces piensas: no es suficiente.
Y yo te pido que resistas, que no te vayas.
Pero tú lloras y me mojas el pecho mientras luchas contra el ahogo.
Y afuera ladran.

Luego pasa la noche, el conejo araña la puerta queriendo salir.
Tú duermes volteada, yo despierto y te miro los pies.
Te busco entre las sombras, algo brilla.

Tu corazón late agitado, yo le quiero dar vuelta para que no se pare.
Me acerco a tu pecho, me abrazas la cabeza, no dices nada.
Pero yo lo sé, niña rabia, que resistes.
Niña rabia que te quedas.



Reyna Pelcastre. Té quiero



Ser o parecer

ALDO MARTÍNEZ SANDOVAL

*Sin tener que estar como escondido,
yo no sé de qué, como una culpa.
Tócame la piel, sin miedo, quédate
hasta que caiga el sol
Kudai, "Disfraz"*

Un poco de tu amor

Mamá descubrió que soy homosexual a mis 13 años. Recuerdo perfectamente el momento en que me lo preguntó. Esperábamos el metro, en el andén de la estación Lagunilla, cuando a unos pasos de distancia volteó a mí y me preguntó: “¿Te gustan los hombres?”. Yo me quedé paralizado, llevaba varios meses preguntándome cuándo llegaría este momento. Claro que tenía la opción de quedarme callado, de mentir, pero no podía; si no lo decía en ese instante, jamás iba a ser capaz de hacerlo, lo tenía claro. Era una situación aparentemente sencilla: alguien preguntaba algo, alguien más tenía que responder; pero lo que en realidad pasaba era que en ese momento estaba tomando una decisión que podía cambiar mi vida, y lo sabía, aunque fuera de manera inconsciente. En la escuela se hablaba de tal chico al que su madre golpeaba desde que descubrió que era gay, la televisión mostraba imágenes de personas que terminaban en la calle con sus cosas en bolsas de plástico después de que los corrieran. Intenté hablar, pero estaba mareado, como si la realidad hubiera cambiado en ese momento y se hubiera vuelto pegajosa, lenta: mover aunque fuera un dedo era una tarea pesada. Sólo asentí; si hablaba me iba a morir, ni siquiera tenía las fuerzas para hacerlo. Moví la cabeza afirmativamente y ella me miró. “Luego hablamos”. Fue todo. Estaba hecho. No podía ser así de fácil. ¿O sí?

Gracias a imágenes como las mencionadas, los jóvenes homosexuales aprendemos rápidamente —incluso

desde antes de saber que lo somos—, que nos espera una vida cargada de violencia; la mentira se vuelve una herramienta fundamental para sobrevivir, y ninguna mentira es blanca en esos terrenos. Aprendemos a inventarnos parejas, historias, pretextos, a gritar a los que nos rodean “¡yo no soy eso!”, algunos incluso necesitan demostrar su fuerza física, arrojándose a golpes con la menor provocación, a la menor insinuación que ponga en duda nuestra “normalidad”. Todo para sobrevivir. Hasta el día de hoy no conozco a una sola persona homosexual, lesbiana, trans o integrante de cualquiera de las letras LGBTTTIQ+ que no haya sentido miedo en algún momento de su vida o que no haya pensado “me va a pasar algo”. Algunxs más y otrxs menos, algunxs estando en riesgo explícito de morir, otrxs quizá enfrentándose al maltrato escolar, laboral o a insultos en la vida cotidiana; no importa la intensidad con la que el odio se haya manifestado, todxs hemos estado frente a él. El miedo se vuelve un amigo, hasta para quienes contamos con una red de apoyo importante; se vuelve la única forma de ver el mundo para aquellxs que de verdad avanzan en soledad por la vida. Es importante darnos cuenta de que, por mera fortuna, algunas personas estamos en una situación de privilegio, incluso siendo parte de la diversidad.

Cuando mi madre se enteró de que a su único hijo le gustaban los hombres no hizo un escándalo, no me corrió de la casa, no fue a buscarme a la escuela en mitad de las clases para golpearme frente a todos, ni me



Fredo Alatorre. Con silla o a pelo, ipero se monta!

mandó a casa de un padre alcohólico para que me “sirviera de ejemplo”; tampoco intentó que un párroco me adoctrinara. Simplemente dijo “luego hablamos”. No debió ser un asunto sencillo, en ese momento ella tenía sólo 32 años y cargaba con el peso de darme un hogar, alimentarnos día con día, hacer que cada material solicitado en la escuela fuera cubierto. Sin lugar a dudas su vida estaba cambiando con la noticia. Ahora me lo pregunto: ¿qué pensó durante el trayecto a casa después de ese “luego hablamos”? ¿Qué ocurrió en el corazón de mi madre después de que un movimiento de cabeza modificara todo lo que ella pensaba? ¿Cuánto tiempo se lo guardó antes de poder hacerme la pregunta? ¿Un día? ¿Una semana? ¿Dos? Ya nada iba a ser lo mismo, aunque ella sólo guardara silencio.

Alguna vez, ya siendo un adulto, me lo dijo: “No quería que sufieras, y no sabía qué te podía pasar”. Ahora la entiendo cada vez más. Vivíamos en una colonia peligrosa en las colindancias con Ecatepec. Palabras como *joto*, *marica*, *puto* se escuchaban diariamente, siendo

siempre los peores insultos que alguien pudiera recibir, antes que *rata*, *asesino* o *violador*. “El joto no va a sobrevivir entre nosotros”, es lo que en verdad querían decir esas voces (aunque la realidad demuestra que varios de esos machitos ya estaban calados). Por supuesto que en tales contextos es preferible y deseable que a un hijo no se le ocurra ser homosexual. A esto también hay que sumar los juicios sociales que recaen sobre las personas que nos crían; discursos como los del Frente Nacional por la Familia no paran de repetir que la crianza es un factor definitivo para forjar nuestra orientación sexual o identidad de género, un argumento que responsabiliza de tal “aberración” a las madres, encargadas en su gran mayoría de criarnos a todxs en este país. En palabras burdas, “es tu culpa que el niño haya salido así”. ¿Qué madre quiere enfrentarse a eso?

El proceso de aceptar la homosexualidad puede ser tan doloroso para ellas o para la familia verdaderamente cercana como lo es para nosotrxs, sin que tal dolor implique justificar los actos de violencia y las agresiones



que se manifiestan “en nombre del amor familiar”, porque a veces el “amor” puede ser semillero de cosas terribles.

Hablo de que algunxs de nosotrxs somos más afortunadxs que otrxs, más *privilegiadxs* porque, a pesar de enfrentarnos al odio y al acoso, también hemos tenido el regalo de acompañar y ser acompañadxs por nuestras familias en el proceso de aceptación de nuestra sexualidad. Sí, es un privilegio; no todxs pueden. Aún hay cientos de miles de personas que no pueden siquiera imaginarlo, quienes entregarían cualquier cosa por sentir de cerca el amor de esas madres que en las marchas del orgullo levantan carteles diciendo “Si tu familia te rechaza, a partir de hoy yo soy tu madre”.

Era la música

Una mañana los periódicos publicaron la noticia en letras amarillas: algunos como el reportaje más importante y que ocupaba una página entera; otros en un pequeño recuadro. Pero podría jurar que todos la exhibían en su página principal:

Christian Chávez, del grupo RBD, había sido sacado del clóset.

La noticia estaba acompañada de algunas fotos de su boda secreta en Canadá. Uno de los integrantes del grupo de pop más importante de aquellos momentos en Latinoamérica era homosexual. No sólo en los programas de espectáculos se hablaba del asunto, también en la radio y hasta en los noticieros, sin importar si eran de canales públicos o de paga. No era poca cosa, el grupo vendió millones de discos, cientos de miles de entradas a conciertos, por no hablar de toda la mercancía —pirata y no— que generó el fenómeno Rebelde. Era obscena la cantidad de jóvenes que coreábamos sus canciones, y por supuesto nuestras familias lo sabían.

A mi amiga Marisol y a mí nos obsesionaba el grupo, día y noche hablábamos de ellos y, en secreto, soñábamos con alcanzar ese mundo aspiracional que nos mostraba la telenovela; quizá algún día ella y yo también cantaríamos en estadios, viviendo grandes historias de amor imposible. Marisol había sido la primera persona a quien le confesé que lo mío eran los chicos, y ella, bien educada por el melodrama, se emocionó de tener por fin un “amigo gay”. Cuando nos enteramos

de la noticia, estuvimos pegados más de cuatro horas al teléfono. “Imagínate que lo conoces y se enamoran”, me decía. A los 13 años nos podíamos permitir fantasear de esa manera. En la secundaria, los demás chicos no paraban de hacer comentarios burlones o asombrados de la situación. No era algo que pasara desapercibido para nuestra generación y, de hecho, sin que nosotros lo supiéramos, el acontecimiento incidía directa o indirectamente en la forma en que se relacionaba esa pequeña sociedad llamada escuela. Para bien o para mal, el tema se estaba poniendo sobre la mesa: los compañeros heterosexuales empezaban, con suerte, a hablar de matrimonio gay y no sólo a nombrarnos como “raros” o “maricas”. Los profesores llegaban a preguntarnos de qué hablaban las canciones de ese grupo. Al parecer, si un famoso lo aceptaba, entonces el asunto existía. Por supuesto no faltó el maestro que dijo: “está muy bien, sólo que no adopten”, o la más progre que sólo nos dijo: “como sea, usen condón”. El asunto dejaba de *parecer* algo lejano, para volverse algo tangible. El pop, en medio del barrio bravo, le robó por primera vez el foco al ya muy extendido reggaetón.

Hay que dejar algo claro: nadie tendría por qué salir del clóset en contra de su voluntad. Ojalá Christian nunca hubiera tenido que enfrentarse al infierno que debió ser exponer su vida privada a esos millones de personas en 2007, menos a los 23 años. Pero ahí estaba: pudo huir, pudo negarlo, decir que las fotos de su boda eran mero juego y que todo quedara como un secreto a voces —que también hubiera sido válido—, pero decidió enfrentarlo, por las razones que fueran. Yo lo veía en la televisión y pensaba “qué valiente...”. Tal vez en mis larguísimos 13 años de vida era la primera ocasión que entendía la valentía en un hombre.

Por supuesto que el caso de Christian no fue el primero del que se habló o especuló, sería tapar el sol con un dedo; podríamos hablar, por ejemplo, de nuestro querido Juan Gabriel, que nos regaló la mítica y sabia frase: “Lo que se ve no se pregunta”. Pero quizá el joven cantante de RBD sí fue de los primeros que, inmerso en un negocio millonario como la música pop y la televisión —a su edad y dependiente de una empresa—, marcó un precedente importante para esta generación, una luz para todos aquellos homosexuales

jóvenes —que no éramos pocos— que lo seguíamos. Probablemente el siguiente caso de gran magnitud fue el de Ricky Martin, quien en 2010 también haría pública su orientación sexual en un mensaje luminoso, de esperanza y autoaceptación que por supuesto fue admirable, sobre todo después de llevar una vida como heterosexual, aunque no debemos perder de vista el hecho de que pudo hacerlo gracias a la estabilidad económica y sociocultural con la que el boricua ya contaba para ese momento.

Un año después del “escándalo” de Christian Chávez, el grupo chileno Kudai, que era una de las apuestas más grandes de la disquera EMI, grababa su tercer disco de estudio en el que se incluyó un tema llamado “Disfraz”, que abiertamente hablaba de la homosexualidad y que habría tenido mayor repercusión como el cuarto sencillo del disco de no ser porque se enfrentó a la separación del grupo. Y si bien con este álbum no llegaron a los millones de discos vendidos que el monstruo llamado RBD generaba, sí alcanzaron cifras gigantescas en sus ventas. Según Wikipedia, más de 40 000 personas —en su mayoría jóvenes— compraron una copia original del disco *Nadha*. “Que se note que no le tenemos miedo a hablar del tema”, dirían en una entrevista.

Hay mucho que reprocharle a lo que podemos llamar el *mainstream*, al pop multitudinario que nos ha regalado muchísimos artistas de plástico y que, además, como muchas otras industrias, usa el movimiento de las diversidades como moneda de cambio, persiguiendo el llamado “dinero rosa” —el debate acerca del color es tema para otro momento—, declarándose aliado simplemente como estrategia mercadológica. Sí, hay que reprochar y ser críticos con la cultura *mainstream*, sin embargo, también es importante dimensionar que momentos como los antes mencionados pueden tener valía en la vida de los jóvenes. En primer lugar porque al seguir a RBD y Ricky Martin o comprar un disco de Kudai puede existir un sentimiento de acompañamiento: “Él es como yo; ellos cantan de alguien como yo”, y en segundo, e igual de importante, porque hay familias en las que, con la repetición constante —los adolescentes son expertos en escuchar al mismo grupo o la misma canción infinitas veces—, se puede llegar

a comprender algo. No olvido el día en que descubrí a mi madre cantando “ven, llévame del dolor, que está oscuro y no oigo tu voz”, y cómo al preguntarle sólo dijo que le gustaba y entendía la canción. Y así como pasó en mi familia, estoy seguro de que, como portadores de emociones humanas, tal fenómeno pudo haber ocurrido en muchos otros hogares, con muchas otras personas, y aunque fuera sólo en diez, quince o veinte casas, eso se traduce en diez, quince o veinte personas de la diversidad que encontraron un pequeño lugar en el mundo.

Estos fenómenos musicales han sido importantes porque, si bien el pop está diseñado y proyectado para ser un negocio que genere millones de seguidores y dólares, tales manifestaciones, junto con otros medios masivos como el cine, la tele o los videos de YouTube y TikTok, se vuelven un elemento fundamental para decir “existimos”. No es inclusión forzada, es la prueba más pequeña y necesaria de que no somos seres exóticos, sino que *estamos*, siempre hemos estado y siempre estaremos. Somos humanos. *Somos, no parecemos*.

Déjame gritar

El privilegio juega un papel importantísimo al momento de hablar de la libertad. En mi caso, nunca he sido un privilegiado de manual. Soy homosexual, moreno, de clase trabajadora y con ascendencia indígena —a pesar de no identificarme como tal—, todos esos son factores que me ponen en una situación de vulnerabilidad. Sin embargo, tampoco voy a negar lo evidente: soy un hombre cisgénero, con un hogar, educación universitaria y redes de apoyo sólidas y comprensivas. Todo esto se escribe en una computadora que requiere luz eléctrica e internet; del otro lado de la puerta no hay nadie insultándome y he comido al menos dos veces el día de hoy. Vaya, además estoy escribiendo sobre música pop.

Desafortunadamente hay muchísimxs hermanxs que, aunque lo desearan, no podrían hacerlo. Hablo de los habitantes de los más de 65 países en donde ser homosexual es un delito y en donde es preferible la muerte antes que la diversidad —lugares a los que seguramente no llegaron ni RBD ni Kudai—, pero también



La notoriedad pública de la homosexualidad en México fue de burla y persecución.



José Rafael Llanos Melo

hablo de lxs jóvenes en las secundarias o preparatorias de los barrios bravos o conservadores de México, en donde si bien la diversidad no está penalizada, siguen cometiéndose crímenes de odio, orillando a muchxs a esconderse y hasta a odiarse al punto de quitarse la vida; porque aunque aparentemente haya acciones que propician el respeto a la diversidad al interior de las escuelas, como los avances en la difusión de la educación sexual, sigue existiendo una incapacidad de reacción apabullante por parte de los directivos de los planteles educativos de este país ante la discriminación ejercida hacia lxs jóvenes homosexuales. Hablo también de aquellxs que fueron expulsadxs de sus hogares a edades tempranas —o no tan tempranas—, y que antes de preocuparse por escribir, tienen que hacerlo por dónde pasar la noche o de dónde obtendrán dinero.

Sí, todos los miembros de la comunidad hemos vivido miedo y agresiones, pero algunxs hemos sido favorecidos por golpes de suerte tan sencillos como el tiempo, la geografía y la familia en la que nacimos. Yo nací en un hogar que tiene a la cabeza a una mujer que, con toda la angustia de que un día, caminando en la calle alguien me agrediera o me matara, decidió cuidarme, darme su amor. Lo decidió. Y eso, aunque ella no lo sabía, fue un acto político. No todxs tienen esa suerte, y es una obligación, al menos un acto de humanidad, cuestionarnos cómo nos posicionamos los que sí la tenemos.

Es fundamental detenernos a reflexionar en dónde estamos parados. Por ejemplo, entender que yo estoy vivo y puedo escribir estas palabras porque, a mis 13 años, mi mamá decidió amarme sin importar lo que dijeran. Comprender que el destino me favoreció con la seguridad de que por escribir esto nadie va a asesinarme, encarcelarme, torturarme ni violarme como a otrxs sí les ha ocurrido.

¿Cómo hablamos de ellxs? ¿Cómo les hacemos justicia a quienes no pueden hablar de la importancia del pop? No basta con decir o asumir que existen.

¿Cómo nos acompañamos? Lxs afortunadxs y lxs que no. Decir que contamos sus historias no basta. En medio del dolor sirve de poco que alguien más hable de ti. ¿Cuál es entonces la forma de honrarles? No conozco la respuesta, pero no puedo dejar de hacerme

esta pregunta. Algunos responderán que el activismo, la solidaridad o salir a gritar con rabia y esperanza. Sí. Todos son grandes medios para conseguirlo. Todos van a tener repercusión. ¿Cómo conseguir que el amor de una madre de 32 años pueda, algún día, resonar hasta en lxs más vapuleadxs de nosotrxs?

Hay que seguir cuestionando. Sin parar. Hasta cansarnos. Hasta cansar a los que escuchan. Preguntarnos y siempre encontrar respuestas diferentes.

*Si tu dolor te congeló la piel,
si fue tu amor frágil como el papel
y el suelo está roto bajo tus pies,
si estás perdido en laberintos,
si te mienten tus instintos,
ven, que aquí estoy, descansa en mí.
Y si caminas por la cuerda floja, voy tras de ti*

(Kudai, "Aquí estoy").



Encajamiento

FRANCIA PERALES

y creó Dios al hombre a su imagen,
a imagen de Dios lo creó;
varón y hembra los creó
Génesis 1:27

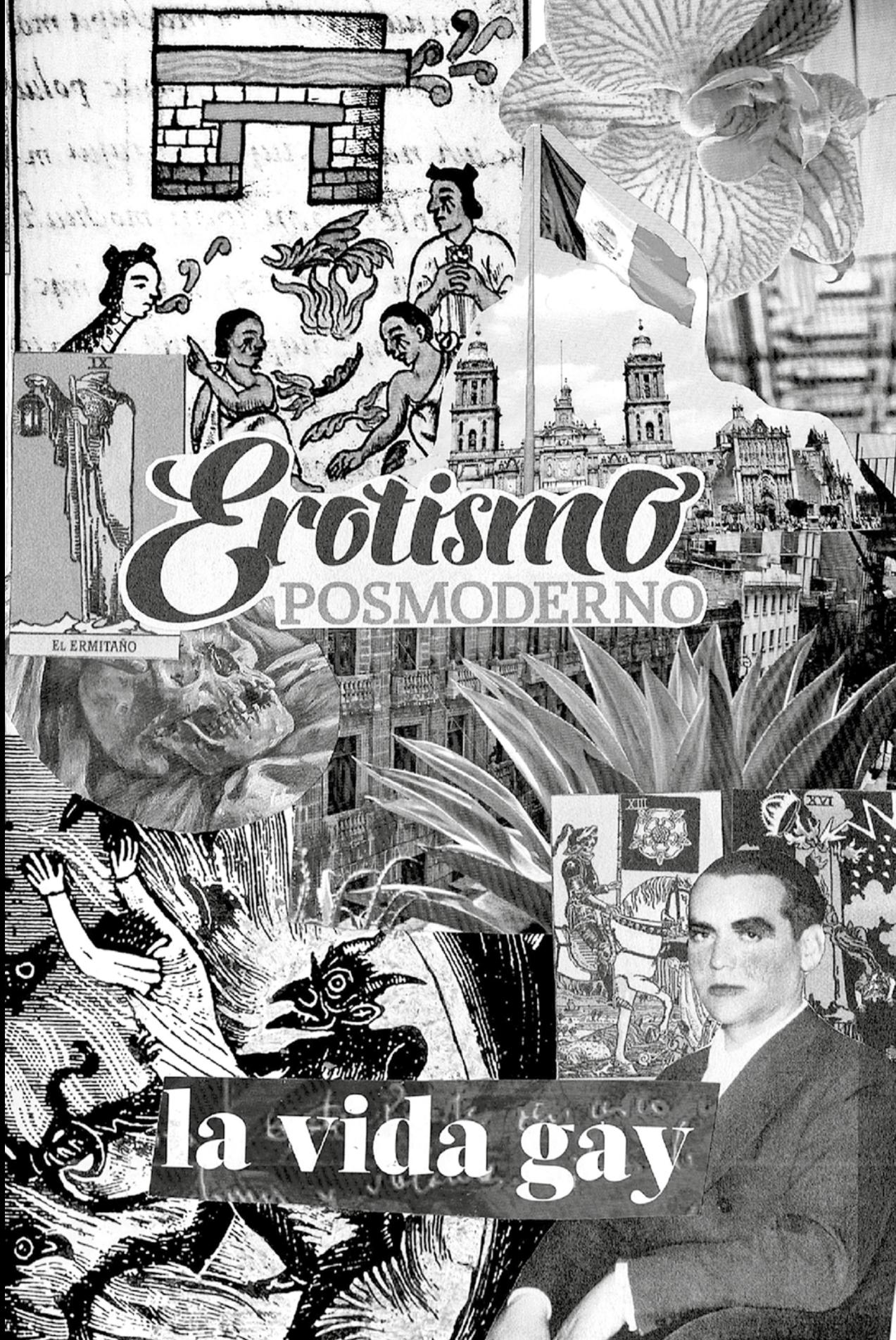
El pasado se abre a la redonda,
nos atraviesa.
Soy una mirada al pretérito,
soy el tiempo que ya pasó,
y las cosas que sucedieron de él.
Soy una escena que rodea a la sepultura del miedo,
el tiempo donde quizá nace otro:

– yo –

El yo que designa mi principio de realidad.
Soy un cuerpo que se desgarra en dos.
Soy el cuerpo que crece, se estira, se asfixia y se afloja.
Soy el cuerpo que acomoda un cuerpo dentro de otro cuerpo.
También soy el cuerpo que debe emerger por una abertura relativamente pequeña, emerger por un pasaje complicado, navegar a la deriva por una pelvis ósea. Hacer cambios en la posición de la cabeza, ser empujado por las contracciones de la vida y simultáneamente, resistido por el suelo pélvico. Soy el cuerpo que debe negociar con las áreas óseas, la sociedad y la cultura.

El cuerpo que se llama enfermedad o trastorno mental, el concepto que me define como condición anormal, patología o hasta anomalías severas de personalidad.

Soy el *prefijo* que atraviesa, el que sobrepasa, de un lado a otro, del otro lado y más allá. Soy el cuerpo que tiene que *pasar por o cruzar* (¿qué?) el orificio vaginal de la sociedad. Soy el cuerpo que se transcribe, el cuerpo que pasa volando más allá del río. Soy el *tras del detrás de, al otro lado de o a través de*, un conjunto con una *n* en posición final de la sílaba y seguida de la *s*, para relajar la articulación: *trans*.



Erotismo

POSMODERNO

la vida gay



Soy la piedra, el obstáculo al que debes de rodear, ocultar lo que sientes, reprimirlo. Ocultar una cara, detrás de la máscara, ocultar el lado clandestino.

Ante los ojos de los demás:
lo que es interno, pero no puede ser externo.

Quizá estoy aquí para contar mi historia, esa, la de nacer de una forma, llamarte de otra. Saber que en el adentro sobrevive el niño, nacer y llamarse niña herida.

Cuando nací, mi padre alzó los ojos al cielo decretando que naciera varón:

en la constancia de nacimiento:
*órganos sexuales fenotípicamente femeninos
acordes a la edad.*

Los y las transexuales tienen la convicción de pertenecer al sexo opuesto al que nacieron, con una insatisfacción mantenida por sus propios caracteres sexuales primarios y secundarios, con un profundo sentido de rechazo y un deseo manifesto de cambiarlos médica y quirúrgicamente. Desde la infancia su identidad mental es distinta a su fenotipo genital. Son mujeres que se sienten “atrapadas” en cuerpos de hombre, y hombres que se sienten “atrapados” en cuerpos de mujer, sin trastornos psiquiátricos graves que distorsionen la percepción de la realidad....

En el adentro se esconde el niño, en el exterior se denota otro rostro, una máscara, otro cuerpo. Querer arrancar el rostro, ponerme otro. Sentirme un animal, un monstruo. Nombrarme como cosa sin pertenencia, ni a lo blanco, mucho menos a lo negro. Ser partícipe de uno y de otro, o de nada. Sentirme como un círculo, un ser redondo. Un monstruo de cuatro manos, cuatro patas y dos rostros con dirección opuesta. Ser una sola cabeza con cuatro orejas.

Adjunto: dos órganos sexuales como compuesto de ambos.

*Ser o no ser, ésa es la cuestión.
¿Cuál es más digna acción del ánimo,
sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta,
u oponer los brazos a este torrente de calamidades,*

y darles fin con atrevida resistencia?

Morir es dormir. ¿No más?

¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo, porque considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos.

Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga.

Quizá no exista mi nombre o quizá estoy a la espera de uno para reconocermelo en el eco, reconocermelo en esa resonancia que incesante entra a refugiarse como pájaro que busca el sueño de liberar sus alas de la jaula.

Soy la incongruencia del género, la disforia de la dualidad, y me miro, a mí, atrapado en un mundo en el adentro, mirándome, sabiendo que las respuestas no se encuentran en las respuestas, se encuentran en las preguntas.

Desde la infancia crecí con la identidad extraviada y me pregunto qué es lo que trato de recuperar. Trato de recordar con el cuerpo, y en el cuerpo he sabido desde siempre el cruzamiento que se me revolotea en el interior.

Desde las entrañas, empiezo a reencontrarme con los cipreses, con los helechos y musgos que crecen en forma de masas apiñadas, y que brotan en el camino perpendicular que llevo. El aroma de los álamos me hace olvidar con rapidez esos dolores y vacíos que se sienten sin sentirse, y una araña se me cruza en la mirada.

Persigo a la araña.

Trato de entender ese tejido de palabras malgastadas que se me vienen a la cabeza. Repito y experimento cada mensaje. Sé que hay un algo más que el simple pronunciar. En cada sonido de las palabras deletreadas me dilato y descifro que voy en búsqueda de descubrir otro mundo, otra cara. Fragmento el rostro con la yema de mis dedos, como si en este momento me creara a mí. Los ojos se me agrandan ante

esa presencia disoluta. En los intestinos cavo y me percato de que es en el interior donde existen las cosas que son diferentes para cada persona. Enfrento el tormento, confío en mí y en el espacio que me habita. Por segundos me miro arrancado de mí, tomo el equilibrio, el control, decido ser //él//, sin tapujos, desnudo, sensato, pero el miedo avecina. Retrocedo al bullicio, me incorporo a otras escenas, un laberinto de habitaciones confusas y perdidas en el pasado.

Siento el abandono bajo la inmensidad de aquellos vastos árboles. Veo a dos personas que se desgarran, //ella// a la que odio y //él//, el que yace escondido, asomándose, detrás de un ventanal.

El miedo como un ciclo que flota de inmediato y que te arrastra a donde nace el grito y te descompone como carroñero que ruñe la carne. El miedo donde no existe la libertad dentro de este cuerpo, sólo existen las tinieblas que te mecen en el infierno dentro de un caos.

El fantasma de Lili Elbe como pregunta que taladra a la sombra. Antes de ella, antes de sí misma vivió informe y en las tinieblas de existir como *Einar*, el pintor de la melancolía. Ella buscó su génesis para saberse de otra forma. Sus paisajes trazaron el mapa de otra geografía

Y la tierra estaba informe y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. ¿Es presuntuoso de mi parte pensar en mi propio génesis cada vez que escucho estas palabras y la música de este verso?

Su mano brota de la tierra para desterrarme. Estoy a oscuras pero ella me acerca a la luz y me nombra. Ella me arranca del tiempo y entiendo el origen del mapa, de las imágenes dentro de mi cabeza que desarticulan los monstruos. Allí, ella me nombra y yo me reconozco en su pasado, me reconozco en las líneas de sus manos. Me reconozco en la columna vertebral de mi madre que miro desde abajo:

La máscara que llevo puesta se desfragmenta
y las preguntas se rompen y se derrumban.





Libertad bajo metamorfosis

FERNANDO ROCHA ROSARIO

la identidad comienza por lo que deseamos
Ana Clavel

7:01 a.m. ¡Pípipipi, pípipipi, pípipipi! El alba desvirgó sus ojos, abortando el sueño.

La jornada arrancó su cuerpo de las cobijas, zombi del salario y engrane de carne para un motor de premuras en esta ciudad. Abandonó su recámara, caminó al baño y sus lunares bostezaron mientras de la regadera caían pensamientos. El vapor se escondió en sus poros y el zacate hizo rabiarse a su sexo. Ceremonia de champú con "All about us". *They... say... don't... trust...* Su desafinación fue muda.

7:26 a.m. En la habitación desbarató su penacho de toalla, su desnudez amaneció, mas el espejo no mostró ninguna utopía. No se alarmó, así saludaba el mundo: invisibilizando. Su inexistencia encarnó en calcetines, medias, mocasines, manoleínas, pantalones, falda, camisa, blusa, reloj, collar, pintalabios...

Bajó al comedor. Su familia desayunaba omelettes de moral con café tradicional: su padre debatía con el periódico, su madre maquillaba la estufa y su hermano entronizaba al televisor.

—¡Buenos días! —nadie regresó el saludo. ¡Muac, muuac, muuac! Y nadie fue reflejo de sus besos—. Regresaré al anochecer...

7:59 a.m. El zaguán de su casa en Santa Catarina mutó su ausencia en imán. El adoquín pregonó sus pasos, el sol coronó su silueta y el viento fue perfumado por su respiración. Las ventanas llovieron sus runrunes, plic-plic-plic, las coladeras carcajearon, ¡ja-ja-ja!, los transeúntes ametrallaron con sus pupilas, ¡pum-pum-pum!, mientras otros afilaron el falo, ¡fiu-fiuuu! Magnetizaba todo menos respeto. Para olvidarse, desayunó su cigarro de Nutella y se enjauló en el himno de sus auriculares:

*Y todos me miran, me miran, me miran,
porque sé que soy fina, porque todos me admiran...*

8:21 a.m. Con el cuerpo manoseado de prejuicios y la conciencia ebria, entraste a metro Viveros. Compraste un boleto y el torniquete volvió tu piel de calamita en un bosque de lepra. El tren llegó ahíto, abrió sus puertas y los usuarios te saludaron con su huida, ¡ahhh! La sauna te devoró, sopeaste tu



Fredo Alatorre

alma en el vaho de esa ciudad de nueve vagones y el ¡tuuuu! te encerró. Te sentaste delante de una oficinista y a la derecha de un mercader. ¡Aj!, y se levantaron para ampararse en el agarradero. Entonces los fulminaste con el ceño, te erguiste y abrazaste a la mujer. La duchaste con tus llagas y le exprimiste todas sus groserías:

—¡Suéltame, maldita! ¡Quítate, cabrón! ¡Me acosas! ¡Me contagias! ¡Estúpido! ¡Perra! ¡Auxilio!

Una falange de sudor, lujuria, premura y sopor te arrojó del tren en Centro Médico. Te preguntaste si pertenecías a México, pues aquellos mexicanos, tus hermanos del 5 de mayo, tus insurrectos contra el PRI, tus gemelos de chile y cacao, te abominaban. ¿Qué eras? ¿Un pellejo con derechos o una idea ácida?

Sacudiste tu espíritu; no asistirías al trabajo. "¡Que se joda Nora y su jauría de flojos! Yo soy el espinazo de su sueldo y el ano de su ocio. ¡Que valoren la arquitectura de mi café!", pensaste. Transbordaste en la línea 9. El tren arribó eructando y, repeliendo a los usuarios, entraste al vagón y urdiste con la sauna el pañal de la sociedad. Tu voz laxaría su pensamiento.



📷 Fredo Alatorre. *¿Qué quieres ser cuando seas grande?*

9:13 a.m. Metro Auditorio. Los auriculares te armaron con “A quién le importa” y la lepra se desmoronó con el sismo de tus lunares. Ya no serías el precepto de la ciudad, sino un discurso para ella. Tus poros te eyectaban, nacías de ti para abandonarte. Emergiste del metro siendo una bocina de libertad.

Paseo de la Reforma se erizaba, se irisaba, se rizaba. Caminar de tacones rudos y de botas dulces. Muslos, panzas, nalgas y bíceps que eran proclamas, armas, cada quien era su bandera, la desnudez hablaba. Altoparlantes que arrodillaban al ninguneo político y carteles que alzaban a una sociedad enlodada de fobias.

¡Su amor no daña, tu odio sí!
+ Besos, - balas.

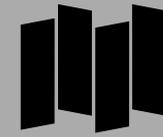
Todos hablan de libertad, pero ven a alguien libre y se espantan.

Ese día la libertad cazó arcoíris. Ese día el arcoíris casó dos libertades: el odio y el amor. Ciudad tornasol. Edificios de lentejuelas. La historia se

encrespó cuando los besos legislaron y la desnudez redactó los periódicos. Internet hirvió por la manifestación con la solidaridad de los *hashtags*, ¡tac, tac, clic!, ¡tac, tac, clic!, pero eso sólo era la manicura de las revoluciones. La ofensiva estuvo en esa vena de asfalto, excitando al Museo Nacional de Antropología y guiñándole el ojo a Tláloc, amparada por la Diana y finalmente enarbolada por el Ángel, desde donde la Ciudad de México se riza, se irisa, se eriza.

3:39 p.m. Somos un garabato de carne, un acorde de respiraciones. Sus tetas incendiadas de semen, Simplégades o campanas. Su pene de fósforo, paleta o asta. Penetro la bahía canibal, lamo esa espada velluda mientras la noche me sodomiza o un relámpago se derrite en mi sexo. Nalgueo a la demonia y masturbo al dios. Pero vienen más y mi ombligo se vuelve una trinchera de esperma, mis dientes cazan hímenes, nos desplumamos a gemidos. ¡Ahh! ¡Ahhh! Hay tatuajes que eyaculan, espaldas que gritan, gula de los anos, hervor de clítoris. Mi cuerpo son esas manos de cocoa o arroz, esos labios de cunnilingus o felación. Mi cuerpo es el sexo de ellos, el orgasmo colectivo. Somos invisibles por ninguneo, mas también por libertad. Quienes nos miran con la nariz o la espalda no existen, son una constante masturbación de negación. Mis senos de alba sobre una ciudad de falos. Mis testículos en un trono de lenguas. Soy nada al ser todo.

Estamos duchados de flashes. La manifestación se metamorfoseó en una selva de caricias, un breve país de carne en esta ciudad de manufactura inmortal. Estamos heridos de pitidos y silbidos. ¡Piii, piii! ¡Fiu, fiuu! La libertad es líquida y todas las máscaras y tildes desembocaron en nuestro sexo. ¡Flash, flash, flash! ¿El Ángel de la Independencia siempre ha estado mojado? ¡La Ciudad está inundada, se ha venido! ¡Flash, flash, flash! 🗣️



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

DOS MINIFICIONES

HEREDADES

PEDRO LEMEBEL. LA INFINITA RABIA MARICA

ENTRE VOCES

LA ESCENA DEL BALLROOM: UNA DECLARACIÓN DE EXISTENCIA SOBRE LA PASARELA

BAJO CUBIERTA

EL CÁNCER MÁS ALLÁ DE LA ENFERMEDAD





📷 Carlos Zamora. De la serie *Sofocación*

Dos minificiones

JOSÉ ZENTENO AGUILAR

Juguetes

A tu edad, decía mi padre, los niños deben jugar con osos de peluches: grandes, cafés y peludos. Nada de esas mariconadas que juega tu hermana. Me instruyó bien, porque hasta la fecha me encantan los osos, es más, en estos momentos me encuentro en medio de dos.

Sí, a veces nos cansamos

¿Por qué siguen “luchando”? ¿Acaso no han tenido ya suficiente atención? ¿No se cansan de ser el centro de cada noticia? Con toda esa ropa extravagante y obscena, mariquitas, siempre obtienen lo que quieren. Ya no saben ni qué inventar, buscan cualquier pretexto para salir a las calles. Ni siquiera chistes se pueden hacer de ellos. Dijo un vato heterosexual platicando con su grupo de amigos blancos mientras entran al Starbucks. En ese momento reviso mi Facebook: “Madre mata a su hijo gay a puñaladas”, “Campesinos agreden física y verbalmente a activistas LGBT+ en Bellas Artes”, “Padre religioso mata de tres disparos a su hijo homosexual”, “Ahorcan a travesti en un cuarto”... Bloqueo mi celular, sí, a veces nos cansamos de salir en el noticiero, susurro. 📍

Pedro Lemebel

La infinita rabia marica

JÖCHI MINH

Me tocó vivir en este tiempo en el que la virtualidad absorbe y regurgita lo que depositamos en ella: nuestro rencor, frustración, recuerdos y opiniones, nuestro deseo. Desde hace algunos años me he sumergido en ese caldo de cultivo para el odio que es Twitter y que, semanas atrás, fue comprada por un excéntrico magnate sudafricano cuyo nombre omitiré. La compra, inscrita además en un contexto global tenso, desató en los usuarios de la red una histeria fervorosa, relacionando este evento como el fin de ese espacio virtual e, incluso, como el fin de la humanidad misma.

Tomé distancia para descansar de aquello y desde entonces no dejo de pensar en los fines, los bordes y los abismos, esa sensación colectiva que nos imponen últimamente; a partir de ello pienso en *lo eterno*, en aquellas figuras imperecederas que nos acompañan como una forma de resistir al incesante discurso del fin.

Mostra, calle, yegua, hito, encanto, expansión fueron algunas de las palabras que usaron mis maricas cercanas cuando les pedí que describieran a Pedro Lemebel con una sola. Para mí sería *eterno*: Pedro Lemebel es eterno.

Tras compartir con ellas esta reflexión sobre las eternidades que nos acompañan, encontré que es común comprender la eternidad desde aquello que ya pasó, es decir, como algo que yace en el pasado, quizá en forma de recuerdo o nostalgia. A mí me emociona pensar en las eternidades todavía desconocidas, que habitan en el futuro, en contradicción clara a su naturaleza sin principio ni final.

Por eso pienso en Pedro Lemebel como un eterno, para quien más allá del pasado o del futuro no existe delimitación temporal que pueda contenerle. Su paso



📷 Luis Hidalgo Fuente. Municipalidad de Santiago. *Cancionero* CC BY-NC 2.0

por la tierra le abrió camino a nuestra diferencia —la de las maricas— para poder habitar un mundo que nos fue negado, un mundo que no tiene nada que ver con esa amenaza de abismo con la que nos atormentan; el abismo era nuestro lugar y la vida de Lemebel pasó como una estrella guía que nos permite desentendernos de esa condena y habitar una realidad no menos dolorosa, pero sí más nuestra.

Se adelantó al tiempo para abrazar a cada loca, cada novia de barrio, cada marica pobre, al nene que cantaba con voz de nena, a la adolescente travestida, a quienes no somos ni la una ni la otra. Su palabra es tablilla para quienes nacimos con un alita rota.

La yegua de La Legua

Efectivamente, ser marica y ser pobre es peor, por eso la rabia de los pobres es infinita, especialmente cuando

el niño que nace en el barrio tiene, además, la suerte de que se le doble la patita y entonces al crecer decide cambiarse al apellido materno para evitar que le confundan con su padre y con esto avergonzarle. Pedro Lemebel nació en La Legua, un barrio ubicado al centro-sur de Santiago de Chile; en un conjunto de viviendas sociales; en la avenida Departamental se forja esa mirada única que desarrollaría en su obra, donde con frecuencia reconocemos ese Santiago gris, de barrios con tiendas que dan fiado, boleros que se mezclan desde las ventanas a la hora de la siesta y padres de familia cesantes.

Era todavía adolescente cuando vio el ascenso de la Unidad Popular al gobierno, y con tan sólo 21 años le tocó vivir el funesto golpe militar que despojaría a América Latina de sus sueños, de la posibilidad de un mundo diferente, no digamos ya muy diferente porque incluso en los mejores escenarios ser pobre y ser marica es un reto, pero ser marica, pobre y en dictadura es mucho peor.

Por suerte no hay marica sola; solitarias muchas, pero sola ninguna. Tras 14 años de vivir en dictadura, de resistir las burlas y miradas de vecinas chismosas, de ser despedido de varios empleos por loca afeminada, Lemebel, quien ya había terminado su carrera de artista plástico e incursionado en el mundo de la escritura, se juntó con Francisco Casas Silva para fundar el legendario colectivo Yeguas del Apocalipsis, desde donde trazaron una ruta para el performance en América Latina y para todas las plataformas que denunciaron, primero, la dictadura y, posteriormente, la fachada de la transición democrática en Chile.

Nosotros reivindicamos el coliza, no nos gusta la palabra gay, la encontramos que es despectiva, ¿no?, no se adapta con lo que es un homosexual pobre en Chile, weon, o sea nosotros reivindicamos la loca, la loca de San Camilo, la loca, el maricón que lo tiran de un décimo piso porque busca amor, al que masacran los cachiches, ¿cachai? Al que no le dan una puñalada sino que le dan diez puñaladas, una puñalada por el hambre, otra por la cesantía. Los maricas pagamos todo eso...

(Yeguas del Apocalipsis, *Bajo el puente*, 1988).



LEMEBEL

A FILM BY JOANNA REPOSI GARIBALDI

Cartel del documental *Lemebel*, dirigido por Joanna Reposit Garibaldi, 2019

No es casual que el colectivo se autodenominara así. Las maricas pobres viven en los márgenes, en los fines, en los abismos; el mundo que se nos propone retrata escenarios apocalípticos relativos al destino del sodomitita que, además de todo, tuvo la suerte de nacer en casa del panadero de barrio. Sin embargo, Lemebel y Casas supieron darle la vuelta a esa suerte y dejar el pellejo en los alambres de su realidad; su obra, potente y comprometida, se enfrentó durante más de diez años a la cruenta realidad chilena desbordada de desaparición forzada, homofobia y desigualdad, y se posicionó dentro de la lucha por visibilizar la pandemia del VIH-SIDA que abatía al mundo. Las Yeguas habitaron una realidad no muy distante de la nuestra: un mundo inscrito en la guerra, la hambruna, una pandemia, la sensación de ausencia de futuro y la acumulación de una rabia que, de



Sebastián Tapia Brandes. CC BY-ND 2.0

manera astuta y deslumbrantemente creativa, supieron transformar en uno de los hitos artísticos más memorables de la región.

De toda la obra de este par de maricas indómitas resaltaremos un performance en particular, pues en él se agrupan diversos temas que desarrollaron las Yeguas: el *Homenaje a Sebastián Acevedo* que presentaron el 1º de diciembre de 1991 en la Universidad de Concepción, Chile, en el marco del Día mundial del VIH-SIDA.

Los artistas llenaron el piso de una sala con cal —material minero extraído en la misma ciudad de Concepción— y cubrieron por completo sus cuerpos desnudos con ella. En la sala estaban dispuestos cinco monitores desde los cuales se proyectaba un video. Las Yeguas se acostaron y sus cuerpos formaron una franja alusiva al mapa chileno, en el borde superior de la franja (con la cabeza de Casas) uno de los monitores proyectaba la letra N (norte) y en el extremo inferior (a los pies de Lemebel) una bolsa de cal llevaba inscrita la letra S (sur). Con ayuda del estudiante Miguel Parra, se trazó una

línea con carbón que atravesó los cuerpos de los artistas, se le prendió fuego y permaneció encendida durante el performance. A través de parlantes se escuchaba un audio en el que ambos artistas recitaban sus nombres completos, sus números de identificación personal y los nombres de algunas ciudades del país.

El 11 de noviembre de 1983, el trabajador minero Sebastián Acevedo se inmoló en frente de la Catedral de la Santísima Concepción como protesta por la detención de sus hijos a manos de la dictadura militar. La obra fue un homenaje a él y a las miles de familias de detenidos desaparecidos, con quienes Lemebel y Casas mantuvieron estrechas relaciones, así como un método de denuncia contra la explotación minera en esa zona y para referenciar el VIH-SIDA.

Ésta no sería la única obra en la que utilizarían su cuerpo como objeto de denuncia y creación artística. En el manifiesto *Hablo por mi diferencia* Lemebel escribió: “Yo no pongo la otra mejilla / Pongo el culo, compañero”, y así fue, las Yeguas dejaron el cuerpo en su obra, como

lo deja cada traba en las esquinas de nuestras ciudades sucias, como lo dejan las locas en los últimos vagones del metro, como lo dejamos a veces en un cuarto solitario, porque las maricas dejamos el cuerpo por donde pasemos, nuestro caminar es una herida en carne viva.

Crónicas de una mostra sidaria

La última presentación de las Yeguas del Apocalipsis fue en 1995, año en el que se publicó *La esquina es mi corazón*, el primer volumen de crónicas de Pedro Lemebel, quien desde muchos años atrás ya había ingresado en el camino de la escritura. En 1983 recibió un reconocimiento por su cuento "Porque el tiempo está cerca", donde exploró temas recurrentes en su obra literaria y plástica: la dura vida de la marica de barrio, la descripción realista de los suburbios empobrecidos de su natal Santiago, la marginalidad travesti y los cuerpos carcomidos por el SIDA.

Su crónica es particular por las diversas coralidades desde las que nos habla. Hay personas que logran elaborar una poética con cada una de sus palabras. Pedro Lemebel es una de ellas, sin embargo, en su escritura también hay prosa y exploración filosófica que consigue aterrizar conceptos con un lenguaje claro, musical e íntimo con el que podemos conmovernos hasta la lágrima, sentirlo frente a frente como si nos estuviera hablando a los ojos, como si hubiera escrito aquello para nosotres y reír. Desde la escritura, su obra se encuentra en el volumen ya mencionado, así como en *Loco afán. Crónicas de Sidario* (1996), *De perlas y cicatrices* (1998), *Zanjón de la Aguada* (2003), *Adiós, mariquita linda* (2004), *Serenata cafiola* (2008) y *Háblame de amores* (2012). Y desde la cadencia de su oralidad, la crónica lemebeliana está en su cancionero popular, registrado en sus hermosas intervenciones en Radio Tierra.

La cualidad de reír de la desgracia personal no es propia de Lemebel. Me atrevo a decir que es un mecanismo colectivo del ser maricón, travesti, afeminado, pero él abraza este escudo y lo desarrolla magistralmente; gracias a ello nos atrapa y podemos sentirnos cómplices. La estética transfronteriza de su escritura encarna la metáfora de ese cuerpo que existe de una forma en el día y se transforma por la noche, el cuerpo camaleón

que se impregna con la grasa de las capitales para arrancarse de esas paredes y habitar un mundo prohibido en donde cohabitan el olor a Old Spice, los tacones y el rímel de mercado de pulgas.

Hombria con H de hembra

A pesar de su cercanía con grupos militantes y de su acérrima denuncia contra la dictadura pinochetista, Pedro Lemebel fue un crítico profundo del Partido Comunista de Chile, y para ello, también se valió de la burla porque, después de todo, su diferencia caminaba diez pasos delante de él. A pesar de esto, sostuvo una íntima amistad con Gladys Marín, presidenta y secretaria general del Partido, a quien Lemebel amaba profundamente y para quien escribió el libro *Mi amiga Gladys* (2016), en cuyas páginas relata su amistad permeada por el desamor del corazón y el de la política.

¿Y qué podría decir, mi niña? A un año de tu partida los recuerdos se me cruzan en el aire como pájaros ciegos, como alondras expatriadas, las imágenes no pueden recuperar el color lejano de tu abandono. Porque aún no despierto, aún no resucito de aquella noche cruel en que te fuiste, desde entonces no tiene mucho que decir este corazón atolondrado que no se convence cuando le digo que nunca más reiremos juntas, nunca más lloraremos juntas, nunca más marcharemos juntas, nunca más pelearemos juntas por los avatares justicieros de esta patria. Lo cierto es que estas palabras no tienen eco en el abismo sordo de tu ausencia, querida...

(Pedro Lemebel, "Aniversario de muerte de Gladys Marín", 2006).

En 1986, Lemebel se presentó en un mitin de izquierdas usando sus tacones, con la hoz y el martillo pintados en la cara y los labios maquillados. Durante el evento leyó el icónico manifiesto *Hablo por mi diferencia*, en donde se consagra como viajero en el tiempo para abrazar a una infancia maricona y abrirnos la puerta de nuestra propia existencia. Es un llamado de atención para esos señores comunistas de discurso añejo, una petición de dignidad para esos destinos venideros condenados a



Sebastián Tapia Brandes. CC BY-ND 2.0

la marginalidad únicamente por nuestra diferencia. El manifiesto toma de la mano a los soldados solitarios que se enamoraron en un cuartel, a la madre de manos tajeadas por el cloro que curaron los golpes de una hija travestida. Es un tatuaje que cada desviada pobre en América Latina lleva impreso en cada fibra de su cuerpo:

No sabe que la hombría
Nunca la aprendí en los cuarteles
Mi hombría me la enseñó la noche
Detrás de un poste
Esa hombría de la que usted se jacta
Se la metieron en el regimiento
Un milico asesino
De esos que aún están en el poder
Mi hombría no la recibí del partido
Porque me rechazaron con risitas
Muchas veces
Mi hombría la aprendí participando

En la dura de esos años
Y se rieron de mi voz amariconada
Gritando: Y va a caer, y va a caer
Y aunque usted grita como hombre
No ha conseguido que se vaya

(Fragmento)

Lemebel, no quiero hablar de tu partida ni de tu enfermedad porque sé que no te gustaba hablar de eso, sé que no querías morirte. Una parte tuya se fue en el 2015, pero nos dejaste tanto que estos párrafos son sólo un breve gesto de gratitud con esa existencia enorme que continúa resonando en cada burdel, en cada esquina de barrio, en cada aula de colegio y cada corazón fuga. No tuviste amigos, tuviste amores, porque en cada loca a la que le curaste el alita rota tenés un amor que te acompaña en el lecho de tu eternidad. Al hablar desde lo más íntimo de tu voz interior hablaste de todas nosotras.

Te queremos, mariquita linda. 📍



La escena del *ballroom*: una declaración de existencia sobre la pasarela

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS DE CECILIA ANDRADE

Su pelo corto y lacio, el vestido divertido y re-bosante de flores al estilo sesentero junto a un par de zapatos altos de charol despedían un brillo rojo peculiar que exaltaba la piel morena de Vicky Letal Apocalipstick, jueza invitada al Kiki Ball. Con manos inquietas cuenta un poco sobre la historia del voguing en México y su visión sobre ella.

La diversidad sexual, de género y de razas es la premisa de la escena ballroom. Desde hace algunos años el voguing toma los centros nocturnos, las calles y plazas de México con mucho estilo, pose y pasarela.

Es a través del cuerpo que la comunidad LGBT+ se apropia de la lucha contra el sistema transfóbico en nuestro país que, en América Latina, ocupa el segundo lugar en transfeminicidios después de Brasil.

Al respecto, Vicky Letal Apocalipstick, Anarka y Lova, integrantes de la escena ballroom de la Ciudad de México y zona metropolitana, nos comentaron, durante el Kiki Ball que tuvo lugar en la Feria del Libro y la Rosa de Tlatelolco este año, algunas de sus percepciones respecto al voguing.

¿En qué momento decidiste formar parte de la comunidad vogueera?

Soy parte del grupo de cinco madres fundadoras de la escena *ballroom* mexicana. Mi hermana Franka Polari, que falleció el año pasado, tuvo la iniciativa de buscar gente en México a la que le interesara ser o que ya fuera parte de la comunidad *ballroom* o del estilo de baile del voguing. Fue así que nos enteramos de que hace nueve años nació la primera casa de *ballroom* en México: House of Machos; le siguió House of Shiva, y después mi hermana Franka y yo fundamos la casa House of Apocalipstick.

Dos de Apocalipstick y las tres de las otras casas somos el grupo de madres fundadoras de la escena *ballroom* mexicana.



¿Qué importancia social y política tiene bailar vogue, mover el cuerpo?

Tiene un valor y un peso muy especial para mí como persona de género fluido, como persona que está bajo el paraguas trans porque la cultura *ballroom* como la conocemos la creó una mujer trans afrolatina que se llamaba Crystal La Beija, ella es la mamá de todo el *ballroom*. El vogue es político porque nació de la protesta, nació de reivindicar nuestro talento, nuestra belleza. Crystal le dio origen a esto porque se cansó de la discriminación racial, de la discriminación étnica por ser afroamericana y latina. Siempre se negaba su talento, se le relegaba.

En el contexto de ser afrolatina en New York, cuando ella participaba en concursos de talento veía con frustración que por más que se esforzaba y por más que mejoraba siempre le daban el triunfo a una mujer rubia

y blanca. No es que no pudiera participar, pero siempre había un gran favoritismo, entonces Crystal se reveló y les gritó: ¡ustedes no pueden decirme que yo no soy bonita porque yo sé que soy bonita! Así que tiene ese doble significado: reivindicar el talento, pero también reivindicar que las personas morenas, de piel oscura en general, podemos ser talentosas, somos bellas y nadie puede negárnoslo.

También, cuando estalló la crisis del VIH, la comunidad del *ballroom* fue de las primeras en abocarse a cuidar a la gente que se enfermaba, acompañar a las personas que desafortunadamente fallecieron en los primeros años de la epidemia y hacer labores de prevención. Eso es algo que yo le recuerdo a toda la gente que se acerca, que el *ballroom* es político.

Tiene esta parte que se puede malinterpretar y la gente dice: "ay, es que son banales, por las poses", pero incluso eso es político en personas como nosotres porque

si las personas LGBT+ mostramos nuestro talento se nos tacha de exhibicionistas, por eso tomamos espacios como éste de la UNAM o las plazas públicas, porque también son nuestros.

¿Qué te gustaría decirle a las personas que aún no se acercan a la escena del voguing y les gustaría hacerlo?

Que busquen *ballroom* mexicano, que busquen a las casas, no las puedo repetir todas porque ya perdí la cuenta, son más de 100 en todo el país. Ya hay una escena en varias ciudades, en Guadalajara, Monterrey, Mérida, Toluca, Puebla, esto está creciendo y pronto nos encontrarán.

Anarka lo mira todo a través de sus gafas rosas. Desde su asiento luce unos largos pantalones rectos azules que hacen juego con su playera translúcida salpicada de rosas. Su cabello castaño y abundante, ahora recogido por un chongo, le da claridad a su rostro apiñonado. Él formó parte de la categoría Cartel, espacio desde el cual se pronunció en contra de la transfobia.



¿Cómo te sentiste sobre el escenario?

Estar en el escenario siempre me pone de nervios, siento un poco de pánico escénico, pero al mismo tiempo es muy chido sentirte recibida por tu comunidad. Me parece interesante abrir este espacio dentro de la Universidad gracias a nuestro compañere Kintsugi —une de los organizadores del Kiki Ball en Tlatelolco—. Yo estoy muy agradecido con él por estar ahí siempre en el transactivismo, siempre con una postura muy contundente respecto a la política de la identidad.

¿Qué piensas sobre el acompañamiento creativo y político de tu comunidad?

La cultura *ballroom* es una comunidad de mucha diferencia, definitivamente no hay una heterogeneidad de

pensamiento y creo que eso es algo bueno. Hay mucha radicalidad que se expresa en lo creativo y eso también me parece maravilloso. Desde que conocí la escena me enamoré porque tiene una libertad y una creatividad política muy fuerte.

¿Qué le dirías a las personas que se interesan por el vogue y no saben cómo acercarse a la comunidad?

Yo lo que le diría a las personas que han sufrido discriminación, sobre todo por cuestiones de identidad de género o por su orientación sexual, es que el *ballroom* es una comunidad en la que se trata de construir un espacio seguro donde pueda existir esta expresión, y



que no tengan miedo a acercarse a una de nosotres para que les orientemos sobre alguna casa, las prácticas públicas o los espacios donde generalmente nos reunimos.

También quisiera aprovechar este momento para denunciar las violencias institucionales que se siguen perpetuando dentro de la UNAM. Sentí un poco extraño que la institución nos invitara a este evento cuando al mismo tiempo hay otros espacios donde se está reproduciendo un discurso transodiante.

El Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, hace poco más de un mes, abrió un foro donde deshumanizaban y negaban la existencia de las personas transgénero. En el foro se dijo que el hecho de que hubiera personas que pudieran

decidir y que tuvieran agencia sobre su identidad de género era una amenaza hacia a las mujeres y que eso las invisibilizaba, que la categoría jurídica de crimen de odio era contraproducente.

A mí me parece totalmente lamentable y es enfurecedor que la Universidad esté apoyando ese tipo de discursos. Por eso también tomamos este espacio como un espacio de manifestación. Nosotres no aceptamos que la Universidad quiera violentarnos por un lado y, por el otro, invitarnos a estos espacios para exotizarnos y presentarnos con la sociedad.

Nosotres no tenemos la intención de convertirnos en un movimiento de masas o en un movimiento *mainstream*, la idea con la que nació esta escena y esta subcultura era para hacer un espacio seguro para personas

que cotidianamente son violentadas, marginadas y discriminadas. Quiero que quede claro que estamos este día aquí porque nosotres asumimos que la Universidad es del pueblo, es nuestra y que estos espacios también los podemos tomar, no tanto porque hayamos aceptado una invitación de la institución.

Las botas altas, las mangas bombachas y exageradas, así como todo su estilo, definen a Lova, participante en la categoría Cartel con la consigna “Me amo trans”. Estilizada y llena de rosas, comparte la importancia que tiene para ella la pasarela y enunciar a través de ella.



¿Qué importancia tiene para ti estar en el escenario?

Estando en el escenario me siento una persona plena, me siento una persona poderosa, porque caminar es una declaración única de existencia ante el mundo, es un grito y una celebración de mi existencia, mi identidad y mi expresión... Y este escenario, esta pasarela, es un lugar de reconocimiento donde yo puedo construir, deconstruir, festejar mi corporalidad, mi vida y extenderla a la de todas mis hermanas, hermanos y hermanos.

Para ti, ¿qué es lo que caracteriza a la comunidad del vogue?

La comunidad vogueera es una gran familia en la que nos abrazamos con mucha ternura, nos celebramos, nos echamos porras, nos apoyamos y sabemos que ahí hay lealtad, confianza, seguridad, y que podemos expresarnos, unirnos y conectarnos con el baile disidente, con estos movimientos que son un baile de protesta y al mismo tiempo un acto de feminidad, una forma de abrazar este mundo de vulnerabilidad, un acto de ternura que contrasta con el dominio y la destrucción.

¿Qué te inspiró a formar parte de la categoría Cartel dentro del Kiki Ball?

Pues me parece que éste es un espacio de protesta para denunciar aquello que no estamos dispuestas a aceptar y que es también un lugar de enunciamiento en el que nuestra voz puede ser escuchada y nuestra corporalidad puede ser visible. Existimos y resistimos, nos mostramos tal cual somos y como queremos ser, por eso éste es un gran espacio para hacerlo, y pues que nos acepten con toda nuestra radicalidad y si cuestionan nuestra existencia, que esperen resistencia. 

El cáncer más allá de la enfermedad

OMAR CASTRO GUADARRAMA

Hace poco me encontré con la historia personal de la escritora estadounidense Anne Boyer (1973), narrada en su libro *Desmorir. Una reflexión sobre la enfermedad en un mundo capitalista*, publicado en español en 2021 por Sexto Piso. *Desmorir*, obra ganadora del premio Pulitzer 2020 de No Ficción, es una declaración sobre cómo es vivir con cáncer en Estados Unidos. De principio a fin, es un texto lleno de las heridas que sufrió la autora a causa del sistema de salud, la sociedad y su enfermedad, que sangraron su alma y desgarraron su estabilidad física y emocional.

El libro, según la autora, “es un tratado sobre el dolor hecho de notas y comienzos: un monumento de sensaciones efímeras de una semiliteratura efemeralista”, aunque, para mí, a veces se vuelve una guía para evadir los ataques de la sociedad, una suerte de plan de escape de una realidad que carcome, como menciona la también poeta: “Me conté a mí misma una historia para no tener que contar otra”.

Para Boyer el cáncer es un problema complejo; no se resuelve fácilmente porque, sin darse cuenta, la vida de los pacientes se rompe en cientos de pedazos que los vuelve irreconocibles. Desde que reciben su diagnóstico están en manos de la voluntad de los médicos, del avance de la enfermedad y de la suerte.

Sobrellevar y, más importante aún, superar el cáncer no sólo depende de quien lo padece, ni de su buena voluntad o deseos de vivir. Es una enfermedad que transgrede al cuerpo y a los individuos más allá de lo biológico, pues el paciente se enfrenta con una sociedad que hace de él un espectáculo.

La prosa de Boyer es una crítica a todas las cantaleas sobre el cáncer, a los estigmas marcados por la política y la sociedad, a la despersonalización



Desmorir. Una reflexión sobre la enfermedad en un mundo capitalista

Anne Boyer

Sexto Piso

México, 2021, 260 pp.

de la atención médica; es, en suma, un grito de atención para devolver la dignidad a los pacientes con cáncer, como menciona la autora: “La radiología metamorfosea a una persona hecha de carne y sentimientos en una paciente hecha de luces y sombras”.

En el prólogo, Boyer hace un recuento de las historias de las intelectuales que han pasado por el camino del cáncer de mama. Tanto su libro como los de las otras escritoras son una inalcanzable búsqueda biográfica de la empatía, del reconocimiento del otro; una forma de enunciar que la literatura no tiene soluciones, pero sí imágenes e ideas concretas que ayudan a sobrepasar las adversidades; que no están solas en el mundo: una forma de anticipar el futuro y de cómo vivir el presente enfermas. Debido a las condiciones adversas de las autoras, sus libros comparten el inicio, pues como afirma Boyer “la enfermedad se escribe primero en nuestros cuerpos y, a veces, después en cuadernos”.

Boyer critica fuertemente la incesante obsesión del capitalismo de lucrar con todo lo que tenga a su paso: “las imágenes oncológicas contemporáneas son sobre todo de rostros, todos ellos radiantes y rebosantes de una felicidad multirracial y multigeneracional”. Son imágenes que romantizan la enfermedad, un espectáculo mediático que, para vender la idea de que el cáncer no es tan malo, oculta la experiencia de los procedimientos médicos agresivos que sufren las pacientes y los tratos inhumanos de los médicos. Los medios sesgan la realidad para beneficiar a las grandes empresas.

La política conservadora estadounidense y las múltiples fases del cáncer se enmarañan en un discurso de conmiseración y lástima, al enfermo se le atiende y se teme por su muerte, y debido a su condición inestable y a su posible muerte, es visto como una persona débil y necesitada. Pero no se entiende toda su realidad, la transformación de sus vidas cotidianas o que las personas se alejan de ellos al oír la palabra “cáncer”. Al final no hay ninguna compañía suficiente ni cercana para vivir el proceso.

“La enfermedad nunca es neutra. El tratamiento nunca está libre de ideología. La mortalidad nunca está exenta de política”, escribe la autora. La idea del cáncer como un fenómeno social impacta ya no sólo a los afectados desde su espacio privado, sino que los Estados han politizado el tratamiento médico y social de quienes lo padecen. Esta situación se hace más evidente cuando se trata del cáncer de mama, como el caso de Boyer, quien enuncia que vivir con él, en términos burocráticos, es estar sujeta a una política de la respetabilidad —“todos los meses son Pinktober cuando tienes cáncer de mama y todo octubre es una temporada en el infierno”—, una ideología que, desde el papel, busca acompañar a las enfermas, pero que, en la realidad, se convierte en una plataforma para enaltecer los actos de los gobiernos a costa de atentar contra la privacidad de las personas, y para reivindicar una idea de responsabilidad social que no existe para todas ni durante todos los meses del año.

Desmorir denuncia que el capitalismo es un sistema hecho para lucrar a expensas de la salud de la gente, que transforma todo lo concreto en incertidumbres y que lo “abstracto se aleja flotando hacia una mayor abstracción, como una partícula de polvo a un discurso compuesto de polvo”. Este libro es una narración descarnada que cuenta el proceso de la enfermedad y la supervivencia; es un género memorístico que lucha contra el olvido y que busca que lo personal sea una acción política. ●

TINTA SUELTA





AHAHHGGGGG, MI DESCANSE...



Y VAS TARDE, TONTA...



COMERÉ ALGO DE CAMINO...



AH, REGRESANDO LAS RIEGO...



A HUEVO :3, ME ALCANZA PA UN TAMA...



1 DE MOLE EN TORTA PORFI! ☆



VERGA, Y MI USB? :S



NO PAREZCO SEÑOR, O SÍ? *X*



¡MUCHA BANDA, MI PORQUE LE ECHO GANAS



IGUAL Y CON HORMONAS TODO CAMBIA...



... O NO. ¿Y ESTA PLANTA?

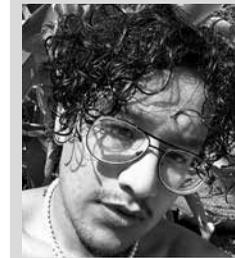


AAAH NO MA ✨ ✨ ✨





Luis Romani (Tuxtepec, 1994). Es graduado en Letras por la UV. Formó parte del taller de escritores de la Universidad Finis Terrae, y de SARAQ, *Historias Mexicanas LGBTQI+* Colección 2022. Es creador de contenido sobre narrativas gay en @preciososbastardos



Osmar J. Urbina (Cuatitlán, 1998). Escritor, dramaturgo y performer jota y afrodescendiente. Cofundador de Sonámbulos Teatro. Fue becario de verano de la FLM en 2019, en Dramaturgia. Es parte de la antología *Diversidad(es): minificiones alternas*.

Instagram: @osmarjotamar
Twitter: @osmaranto



César Cañedo (El Fuerte, 1988). Poeta y profesor universitario. Doctor en Letras por la UNAM. Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2019 por *Sigo escondiéndome detrás de mis ojos*. Premio Nacional de Poesía Joven Francisco Cervantes Vidal 2017, por su poemario *Loca*.



Francia Perales (Ciudad Victoria, 1990). En 2020 fue becario del V Campamento Literario: El Ejercicio Novelístico del Noreste de México-Durango, del PECCA Tamaulipas y del EFCA Nuevo León. Autor de *Ese silencio entre las manos* (2019) y *La persistencia de la Melancolía* (2020).



Israel Nicasio (Ciudad de México, 1987). Licenciado en Filosofía. Estudiante del diplomado en Creación Literaria del Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia. Ha publicado en *UNIVERSITARIA*, de la UAEM, *La colmena*, *Monolito*, *Teresa Magazine*, *Hysteria!*, *Cronopio* y *Deslinde*.



Omar Castro Guadarrama (Tultitlán, 1997). Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la FFYL UNAM. Cursa la carrera de Creación Literaria en la UACM. Ha publicado en *Punto de Partida*, *Espora* y *Palebrijes*.



Victoria Sohe (Gutiérrez Zamora, 1999). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Participa en el taller de Ensayo de la FFYL. Ha publicado en *Primera Página* y en *Amarantine*, entre otras.



Fernando Rocha Rosario (Ciudad de México, 1998). Politólogo por la UNAM, integrante de Activistas MX y exconcejal electo en Coyoacán. Ha publicado en *Ágora*, *Interliteraria* y *Espora*. Obtuvo mención honorífica en Ensayo en el X Concurso para Jóvenes "Camino de la Libertad".



Citlalli Santos (Oaxaca, 2000). Estudia Lingüística y Literatura Hispánica. Es parte de las antologías *Versas y diversas*. *Muestra de poesía lesbica contemporánea* (2021) y *Viejas brujas III. Memorias futuras* (2021). Ha publicado en *Estrépito* y *Circulo de poesía*.

Instagram: @Sadpoet13



José Zenteno Aguilar (Tuxtla Gutiérrez, 2001). Estudia Lengua y Literatura Hispanoamericana en la UNACH. Textos suyos han sido traducido al francés y portugués. Es director editorial de Revista *Estrépito*, y es cofundador de la librería La Cheemsbrería.

• COLABORADORXS •



Jöchi Minh (San José, Costa Rica, 1992). Migrante centroamericano en la Ciudad de México. Se dedica al cine y a los derechos humanos. Sus temas de trabajo son las disidencias sexuales, migración y memoria.



Aldo Martínez Sandoval (Ciudad de México, 1993). Fue becario de la FML y de la Residencia Dinamo 7 de Interdrum (Chile). Mención honorífica del III Premio Carlos Monsiváis de Crónica. Sus obras se han montado y publicado en espacios de México, Chile, EUA y Argentina.

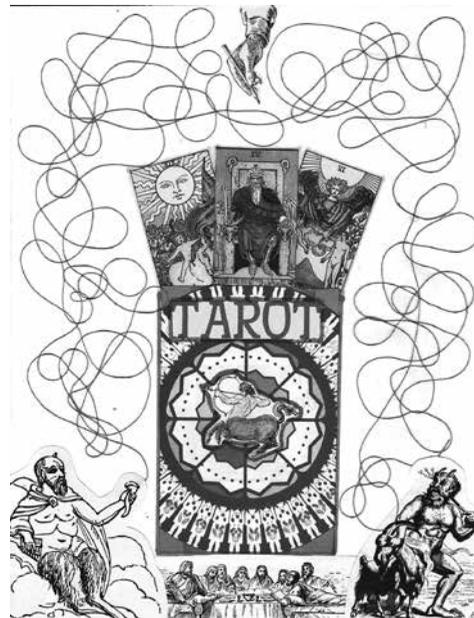


Cecilia Andrade (Ciudad de México, 1998). Estudia Ciencias de la Comunicación en la FCPys y el diplomado en Fotoperiodismo en la FAD. Es periodista en la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la UNAM, y redactora y fotógrafa en *Voces de Quimeras* y *Obturador MX*.

cc_andrad



Iza Rangel (Saltillo, 1997). Estudia Letras Hispánicas y el diplomado en Arte Dramático en la UANL. Ganó el Premio Dolores Castro 2019 en Poesía por *Envilecidas como hienas miramos la espesura de ese cielo*. Es parte de las antologías *Los nombres del mundo* (2015), *Cartografía a dos voces* (2016) y *Ese gran reflector encendido de pronto* (2019).



José Rafael Llanos Melo (Ciudad de México, 1999). Estudiante de Letras Modernas en la FFYL UNAM. Trabajó en el Complejo Cultural Los Pinos como mediador cultural, actualmente es voluntario en el Museo de Arte Contemporáneo Rufino Tamayo.

• COLABORADORXS •



Carlos Zamora (Ciudad de México, 1998). Estudiante de Diseño y Comunicación Visual en la UNAM. A través del retrato editorial encuentra su labor fotográfica retratando las disidencias y las identidades trans que salen de la cis-heteronorma.

carlosszamora



Frosh (Tultitlán, 1994). Dibujante egresado de Diseño y Comunicación Visual de la FAD UNAM. Ha colaborado en la *Revista de la Universidad*, *Marvin*, *Navegando*, *Postales literarias* y *Fusión*, así como con las editoriales Gato Negro, Planeta, Tiny Splendor (Los Angeles), participado en compilaciones y proyectos independientes. La autoedición y autopublicación han sido su medio para publicar su trabajo.



frossshh



• COLABORADORXS •



Alfredo Alatorre "Fredo"
(Ciudad de México, 198X).
Cursó la carrera de Filosofía en la FFyL UNAM. Trabajó como artista callejero y formó parte del grupo de Artes Escénicas Rey Lagarto. Ha producido contenido audiovisual para plataformas digitales.

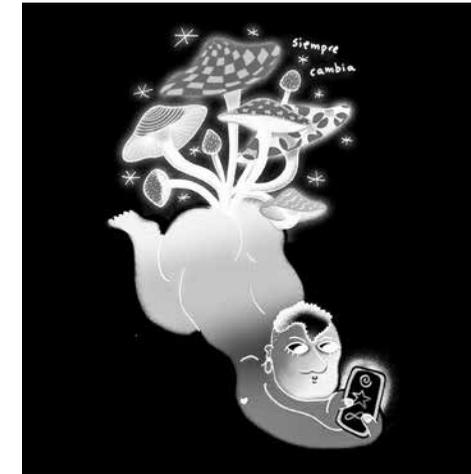


• COLABORADORXS •

TINTA SUELTA



Floresrox "Poni alta"
(Ciudad de México, 1994).
Es un ilustradorx, fanzinerx y diseñador jota que explora temas de género y diversidad.

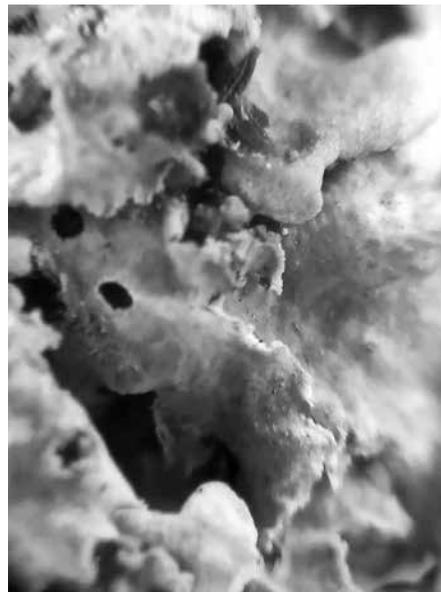


A CONTRALUZ



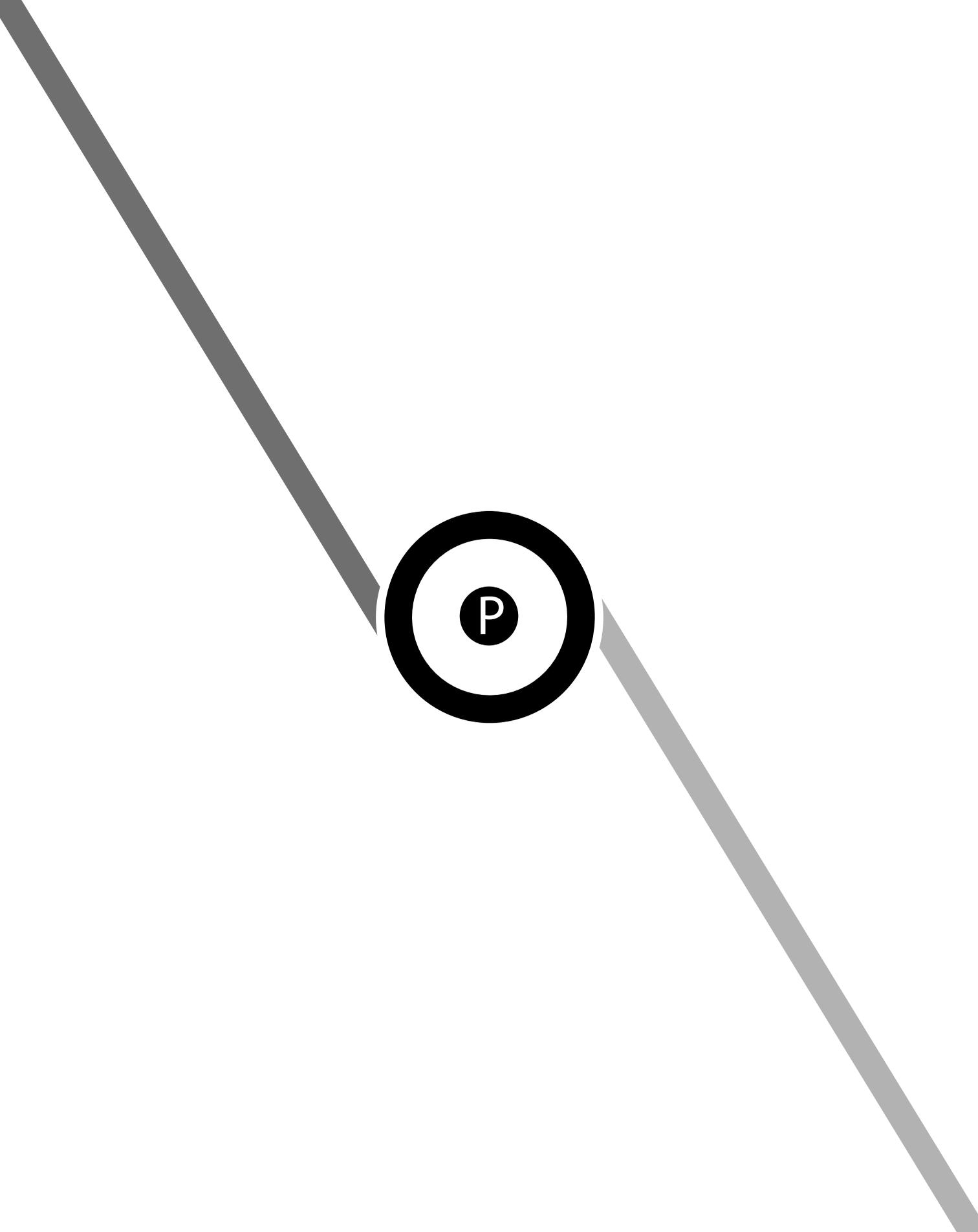
Carlos Mora (Ciudad de México, 2000).
Estudiante de la FAD UNAM. Participó en la exposición colectiva "TANDEM" y en una exposición virtual en la galería Luis Nishizawa de la FAD.

ra.ro__



Sofía Robledo (Ciudad de México, 1995). Artista.
Su trabajo construye ecosistemas gráficos que nacen a partir de jugar y disfrutar.







Literatura y Fomento
a la Lectura UNAM



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

www.puntodepartida.unam.mx